

Latidos *en la* CIUDAD ETERNA



Una novela romántica
con amistad, segundas
oportunidades y una
ciudad que te roba
el corazón.



Latidos en la ciudad eterna

© *Carmen R.Dona*

Título: Latidos en la ciudad eterna

Agosto 2026

© 2026 Carmen R.Dona

© Derechos de edición reservados.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Latidos en la ciudad eterna



Nadie te avisa de que el amor llega cuando no lo esperas, ni de que la amistad más sólida no necesita verse todos los días para seguir siendo real.

Ojalá alguien me lo hubiera dicho antes.

Aunque quizás, de haberlo sabido, no habría necesitado ir a Roma para entenderlo.

Carmen R. Dona



Para *Daniela* y *Darío*,
porque la vida también se escribe
a base de momentos que no planeamos
y que, aun así, lo cambian todo.
Esta historia es para vosotros,
para que nunca olvidéis
que atreverse siempre merece la pena
y que hay viajes que empiezan
mucho antes de hacer la maleta.

Sinopsis

Tres amigas. Un viaje prometía ser inolvidable. Una ciudad capaz de cambiarlo todo.

Roma siempre ha sido el destino soñado de Carmen, Lola y María. Lo que comienza como una escapada entre amigas pronto se convierte en un punto de inflexión para las tres, porque hay lugares que no solo se visitan.

Entre calles empedradas, plazas llenas de vida y una fontana que guarda más deseos de los que debería, descubrirán que el amor aparece cuando menos lo esperas, que algunas heridas necesitan miles de kilómetros para empezar a cerrar y que, a veces, la persona que más necesitas encontrar eres tú misma.

¿Puede un viaje cambiar una vida?

¿Y si el verdadero destino nunca hubiera sido la ciudad, sino el corazón de quien la recorre?

Latidos en la ciudad eterna es una novela romántica contemporánea sobre la amistad, las segundas oportunidades y esos lugares que se quedan viviendo dentro de una para siempre.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Biografía](#)

Prólogo

Cuando todo sigue... pero no

Hay días en los que el mundo sigue en su sitio y, aun así, nada encaja. No hacen falta señales de fuera. Basta con detenerse un segundo más de lo prudente para notar que una pieza se ha movido sin que nadie le haya puesto nombre todavía.

Estoy sentada en el borde de la cama con el móvil entre las manos. La pantalla da la luz justa para dejar la habitación en penumbra. El grupo de WhatsApp sigue arriba del todo, fijado desde hace años: «Las de siempre».

Un nombre que no ha cambiado. Nosotras sí.

El último mensaje es mío. Lo sé sin abrirlo, porque sé cuánto tiempo lleva ahí esperando un «voy» o un «llego en diez minutos», cualquier señal de que seguimos siendo las mismas.

No ha llegado.

Ni en diez minutos. Ni en una hora. Ni ese mismo día.

Han respondido, claro. María con un «voy a tope, luego te cuento» que se quedó en un luego que nunca llegó. Lola con audios que dicen poco entre el ruido de platos y voces de una cocina que apenas se detiene.

Y yo, con el móvil en la mano, esperando más de lo necesario.

Antes bastaba un «¿copichuela?» para que las otras dos aparecieran sin mirar el reloj. Ahora la realidad pasa por el filtro de lo posible.

María corre con el teléfono pegado a la mano y la cabeza en otra parte. Su vida se aceleró y nosotras nos quedamos un paso atrás.

Lola es otra historia. A veces contesta rápido, otras desaparece días enteros. Manda audios largos que empiezan como si fueran a contar algo importante y se quedan a medias, con el trajín del restaurante de fondo, ese refugio al que se aferra porque entre fogones es más fácil no pensar en lo que la espera al salir.

Y luego estoy yo. La que escribe. La que insiste.

No es que no nos queramos. Eso nunca ha estado en duda. Pero hay una distancia nueva, silenciosa, que ha cambiado la forma de

estar juntas.

O de dejar de estarlo.

Desbloqueo el móvil y releo el mensaje.

«¿Nos vemos esta semana? Me apetece mucho».

Lo escribí sin pensar, con la esperanza tonta de que desear algo baste para que suceda. Ahora suena distinto.

Suspiro. Fuera, la ciudad sigue con lo suyo —coches, voces, puertas que se abren y se cierran— mientras yo me quedo aquí, atascada en un bucle.

Pienso en la última vez que nos vimos las tres. No hace tanto, pero lo justo para que el recuerdo escueza. Quedamos un jueves, o un miércoles, da igual. Nos sentamos en la mesa de siempre, pedimos lo de siempre, hablamos de lo de siempre... y nada sonó igual. Hubo silencios vacíos, miradas que se cruzaban de pasada. Nos reímos, sí, pero hasta la risa sonaba distinta, más comedida.

Y en algún punto, calladas las tres, sin necesidad de decirlo, supimos que aquello ya no era lo de antes.

Vuelvo a mirar el móvil, esperando que la pantalla me desmienta, pero sigue en blanco, como si también él hubiera decidido no darme la razón.

Tecleo un par de palabras, las borro. Lo intento otra vez y lo dejo a medias. No quiero sonar insistente, pero tampoco pienso quedarme de brazos cruzados.

Al final escribo, sin revisarlo:

«Chicas, de verdad, vamos a vernos. Aunque sea un rato».

El doble *check* aparece casi al instante.

Y ahí se queda.

Hay mensajes que pesan más después de enviarse que antes.

Entonces el móvil suena y me sobresalta, aunque enseguida entiendo que no es el grupo: es una llamada entrante, y con ella la realidad me reclama de golpe.

Me planteo ignorarla, pero es trabajo, y el trabajo es lo que me da de comer.

—¿Sí?

Reconozco el tono sin apenas escuchar: la prisa, las palabras atropelladas, como si el mundo entero tuviera que detenerse ante lo urgente.

Cierro los ojos, asiento de vez en cuando, suelto un «vale», un «ahora lo miro».

—Sí, lo tengo —digo al final—. Me pongo con ello ahora mismo.

Cuelgo, y el silencio regresa a la habitación con la misma calma de siempre, aunque esta vez algo en él ha cambiado, como si la conversación hubiera dejado tras de sí un poso que tarda en asentarse.

Capítulo 1

Una sorpresa inesperada

«¡Odio las facturas más que los lunes!», gruño. Y eso que, con la carga tan grande que llevo últimamente, trabajo hasta los domingos si hace falta.

—Putra vida —mascullo—. Y puta suerte también.

Solo son las diez y cuarto de la mañana y ya estoy cansada. Es como si la noche se resistiera a terminar para no dejarle paso al día.

—Qué ilusión, Carmencita —me digo asqueada—. Libertad, autonomía, independencia emocional y fiscal...

¡Mierda! El portátil está abierto desde las ocho, llevo dos cafés que se han quedado fríos y el tercero amenaza con seguir el mismo camino, mientras la pantalla me devuelve un Excel con números que no cuadran y un correo pendiente que ni siquiera pienso abrir porque ya sé lo que hay dentro: evasivas, plazos que se estiran y compromisos que no se van a cumplir. Es el pan de cada día en este puñetero trabajo.

El móvil vibra sobre la mesa. Lo miro de reojo y veo que es Sergio, el cliente que lleva casi un mes diciéndome: «esta semana seguro».

Por curiosidad, termino desbloqueándolo y leo lo que acaba de escribir: «Carmen, perdona el retraso. Hemos tenido unos imprevistos. ¿Podemos hablar?».

Cierro los ojos un par de segundos antes de decidir que no voy a responderle, porque si lo hago se me va a escapar algo del todo inapropiado. La madurez me ha enseñado a respirar antes de saltar.

Me quito las gafas de la cabeza y las dejo sobre la mesa con más ruido del necesario, dejando salir una pizca de esta absurda irritación que se niega a abandonarme. Alzo la vista y el salón me devuelve justo lo que menos necesito: un orden incompleto que ni es orden ni es nada, y el estómago se me revuelve un poco más al verlo. El sofá lleno de cojines mal colocados, la manta doblada sin convicción, una pila de libros que prometí leer y que siguen ahí sin tocar, una vela a medio gastar.

—¡Argg!

Ser freelance sonó distinto aquella noche en el bar, cuando lo anuncié convencida de haber ganado una guerra y no de haber tomado una decisión que a día de hoy sigo sin saber justificar.

Lola brindó por mi coraje con su media sonrisa, de la que nunca sabes si esperar orgullo o una advertencia. María me abrazó con una fuerza desmedida, propia de quien da la bienvenida a alguien que acaba de cruzar el Atlántico a nado. Y yo... yo sonreí con ellas sin confesar que, en el fondo, aquello solo era una manera bonita de no comprometerme con nada ni con nadie.

Sin horarios compartidos, jefes empalagosos ni parejas que opinan sin permiso. En definitiva, sin presiones más allá de un trabajo entregado a tiempo. La independencia suena bien de palabra cuando la nombras en voz alta. Pero en la práctica depende de que paguen, contesten o no cambien de idea. O, lo que es peor, que se esfumen delante de tus narices. Desaparecer es un verbo demasiado habitual para un oficio que se supone que tiene que sostenerte.

Me levanto a por otro café y, mientras la cafetera gotea en mi cocina pequeña, más sucia de lo que aparenta a primera vista, cojo el móvil por inercia y me encuentro con un par de mensajes.

El primero que abro es el de Lola, que me pregunta si bajamos al bar. Según dice, necesita aire.

—Ay, Lolilla. Y quién no lo necesita hoy en día.

Cabeceo con una sonrisa en la boca y voy a abrir el de María.

—¡Joder!

Un audio de más de tres minutos que no escucharé ahora. No porque no quiera, sino porque sé exactamente cómo empezará y cómo terminará.

«Carmen, tía, tengo que contarte una cosa... bla... bla... bla. ¿Has comido?» y para terminar me preguntará si sigo pensando que el amor es una estafa piramidal. Y claro, yo le respondo, siempre lo hago, aunque no tenga tiempo ni ganas ni energía, porque hay vínculos que no se negocian y el nuestro es uno de ellos. Nunca lo hemos puesto en duda.

Pulso el botón lateral y silencio el móvil con la promesa de escucharlo al terminar el presupuesto, enviar los correos que me

miran con desprecio desde la bandeja de borradores y dejar de fantasear con cerrar el portátil para salir a la calle sin destino ni culpa. Es el único plan que últimamente parece la idea más sensata que se me ocurre.

Estoy demasiado agobiada para concentrarme. Suspiro con hastío, harta de sentirme así.

Pruebo el café y casi lo escupo de lo malo que está, pero de perdidos al río, me lo bebo de todas formas. A estas alturas tampoco espero mucho más del día. Vuelvo al escritorio con la sensación de repetir una escena ya vivida: abro la factura vencida, redacto un correo educado y profesional, borro la mitad, lo reescribo y vuelvo a borrarlo, atrapada en un vaivén donde todo avanza sin avanzar en realidad.

Estoy harta. No sé si del trabajo, de los clientes o de mi empeño por no necesitar a nadie. Teoría que en días como hoy sabe igual que estar sola, sin más explicación.

Coloco los dedos sobre el teclado del portátil cuando emite un pitido que me sobresalta, al mismo tiempo que entra una llamada.

Sergio.

Lo miro un segundo, suspiro y lo cojo.

—Hola, Carmen. Perdona que te llame así, es que... —empieza a decir, con la voz de quien sabe que la va a liar.

—Sergio. —Solo pronuncio su nombre.

—Verás... —titubea—. Es que esta semana tampoco voy a poder. Ya sabes cómo funciona esto: que si el proveedor, que si el presupuesto...

—Por supuesto, faltaría más —ironizo—. Pero el lunes sin falta me llamas, o mejor, me haces la transferencia. ¿De acuerdo? El lunes.

Cuelgo antes de que pueda contestar, dejo el teléfono boca abajo sobre la mesa y vuelvo al portátil.

Aunque cabreada, agradezco la interrupción. Cualquier excusa es buena para soltar lo que estaba haciendo sin sentirme culpable.

Me quedo quieta un instante, con el cursor parpadeando frente a mí. Seguro que es otra notificación absurda, otra alerta del banco o cualquier tontería que no merece mi atención. Aun así, sigo mirando

la pantalla, alargando ese segundo tonto en el que me cuesta decidir.

—¡A la mierda!

Cedo, porque es lo que hago cuando algo rompe la rutina.

Abro el correo sin demasiada fe, leo por encima y...

—¡La leche!

Esto no tiene nada que ver con lo que esperaba.

Vuelvo a leerlo con más atención, lo releo, y luego una tercera vez más buscando la letra pequeña, el truco, el pero que me explique que esto no es tan sencillo. Sin embargo, no lo hay. Y caigo en que ni leyéndolo mil veces más, cambiará lo que pone.

¡¡He ganado un viaje a Italia para dos personas!!

—¡Joder! ¡Sí!

Justo lo que necesito en estos momentos. Evadirme, salir de aquí, cambiar de aires aunque solo sean unos días, y que sea por azar lo hace todavía mejor.

Me recuesto en la silla, incapaz de relajarme. Hay una incredulidad que no sé si tiene que ver con el premio o conmigo, con la cabeza yendo por un lado y el resto por otro, y en medio queda ese espacio extraño donde no sabes si esto es suerte o un error que más pronto que tarde dará la cara.

Me levanto y camino por el salón sin rumbo, de la mesa al sofá y del sofá a la ventana, comprobando que todo sigue igual.

Italia...

Dos personas.

Me detengo en seco, porque ahora sí lo veo claro.

—¡Ahí está! Pone dos, no tres.

Me río sola por lo obvio de la ironía y me froto la cara mientras acepto la realidad. El problema no es el inicio, ni el correo en sí, es la onda expansiva que vendrá después.

¡Maldita sea! Esto, más que un viaje, es una elección entre tres. Y elegir implica renunciar o, lo que viene a ser lo mismo, perder con estilo. Algo que mis amigas y yo evitamos incluso cuando sería más fácil no hacerlo, porque nunca hemos sabido funcionar de otra manera.

Recuerdo cuando Lola se quedó tirada en mitad de la carretera y acabamos compartiendo una habitación cutre durante tres días en

un hotel horrible. Eso sí, riéndonos de todo. O cuando María llora por penas ajenas con la misma entrega que si fueran las suyas, y nos turnábamos para no dejarla sola, o el momento en que decidimos, calladas las tres, que lo nuestro iba a ir siempre por delante.

Cojo el móvil de un impulso y abro el chat grupal.

YO:

Chicas...

Tengo un notición.

Y un problema.

El doble *check* azul aparece casi al instante. Me alegra saber que están ahí.

LOLA:

Estoy en el bar de siempre.

Os espero.

MARÍA:

Dadme cinco minutos.

Sonrío, porque no podía ser de otra manera. Dejo el móvil sobre la mesa y miro la pantalla del portátil, el correo abierto, el Excel, las cifras y todo lo que hace un momento parecía importante.

Un viaje a Italia con dos plazas para tres amigas que jamás se han sabido repartir nada. Eso es lo que tengo entre manos.

Lo apago sin guardar nada, con un gesto impulsivo que no suelo permitirme pero que hoy, por alguna razón, no me apetece cuestionar. Cojo las llaves con la certeza de que algo entre nosotras está a punto de cambiar.

Y no sé si estoy preparada.

Capítulo 2

Una para todas y...

Entro en el bar y el olor a café recalentado y cerveza temprana me golpea de lleno. El lugar, aun siendo pintoresco, suele estar hasta los topes. No me extraña, aquí la gente no solo viene a beber, sino a posponer decisiones y retrasar lo inevitable.

Lola, como siempre, está en la mesa del fondo. Delante tiene una copa de vino que, aunque no encaja con la hora, en su caso, nunca ha necesitado justificación. Al verme, se ahorra la sonrisa y se limita a arquear una ceja sabiendo lo que traigo entre manos.

—Tienes cara de haber dejado algo a medias —dice mientras me siento frente a ella.

—¿Algo...? Más bien todo, diría yo —respondo, apoyando el bolso sobre la silla—. El trabajo, la dignidad y la cordura... lo típico.

Suelta una risa breve cargada de intención, da un sorbo al vino y se inclina un poco hacia mí, acortando las distancias.

—Canija, no puedes seguir así. Anda, cuéntame qué pasa por esa linda cabecita tuya.

—Aparte de lo obvio... Sergio —digo con desgana—. Ha vuelto a llamarme para... no sé... de verdad que no entiendo en qué está pensando ese chico. Pero la culpa es mía por haberme enrollado con él. Si es que estoy para que me encierren. Y, además, ha pasado una cosa que...

No me da tiempo a explicarle nada más.

María entra empujando a la gente sin miramientos, adueñándose del espacio desde el primer paso.

—Vale, desembucha. Necesito saber ya mismo qué diantres pasa antes de que me dé un jamacuco —exige, y se desploma en la silla—. Llevo los cinco minutos que he tardado en llegar imaginando opciones igual que una posesa. Desde que te has hecho rica hasta que le has dado una patada al trabajo para irte a Bali a encontrarte a ti misma y, ¿sabes? Ni la una ni la otra me encaja.

—Ninguna de las dos, tú lo has dicho —confirmo entre risas, mirándola—. Pero no vas mal encaminada con lo de irse.

María se queda quieta un instante, analizando la poca información que le doy a toda velocidad, táctica que le gusta utilizar cuando algo la pincha. Lola, en cambio, entorna los ojos, tomándose su tiempo para dar en el clavo.

El camarero se acerca sin que tengamos que llamarlo, bandeja en mano, y nos sirve a María y a mí sin preguntar, como quien ya sabe lo que tomamos. Luego le muestra la botella de Merlot a Lola, ella asiente y él se la rellena.

—Desarrolla —suelta Lola, sin hacer alusión a la conversación que hemos dejado a medias.

Paso de hablar ahora de Sergio y saco el móvil. Con dedos rápidos, abro el correo y lo dejo sobre la mesa sin añadir nada más, porque hay cosas que funcionan mejor si se descubren solas.

María es la primera en meter baza. Se inclina y lee, sus ojos recorren la pantalla y su expresión cambia según avanza.

—Carmen... —empieza, pero no termina.

Un segundo después levanta la vista ojiplática.

—¡¡Ostras!! ¡La leche!

Se echa hacia atrás en la silla con una carcajada espontánea y se lleva la mano a la boca. Gesto inútil, porque no veo que tenga intención de contenerse.

—¿Esto es una broma? —pregunta, mirando de nuevo la pantalla—. Dime que no, por favor.

Lola apenas se inmuta, típico de ella. Lee en silencio, apoya los codos en la mesa y exhala con lentitud. Ni una mísera muestra de alegría. Sin duda nos parecemos, pues las dos somos de ver el vaso medio vacío.

—Qué detalle más cabrón... —murmura, con un deje que va más allá de la ironía—. Te ponen Roma en bandeja de plata y te obligan a elegir.

—Gracias —digo—. Me alegra saber que seguimos alineadas en lo importante.

María no puede quedarse quieta. Se levanta de la silla, da una vuelta absurda sobre sí misma y vuelve a dejarse caer, nerviosa, eléctrica.

—Un viaje a Roma —repite—. ¡A Roma, tía! —y de pronto me señala—. ¿Es que sigues procesándolo?

Hago una mueca para que entienda que ahí no está el quid de la cuestión.

—Para «dos personas» —enfatisa para darme el gusto—. Es un regalo del cielo y ahí seguís... muertas las dos. ¡Por Dios, disfrutad un poco!

Ninguna añade nada durante el segundo que se alarga más de lo necesario, porque el problema no está en el viaje, ni siquiera en el destino, sino en el hecho de tener que elegir entre nosotras cuando nunca lo hemos hecho.

—Podrías ir primero con una y luego repetir el mismo viaje con la otra —propone María, al darse cuenta de mi dilema, aunque se le nota la duda incluso antes de terminar la frase.

—¡Ni hablar! —soltamos Lola y yo a la vez.

Nos miramos en el acto, y ahí está: esa sincronía inmediata, que se tiene o no se tiene incluso sin ensayarla. Y nosotras la tenemos desde mucho antes de que supiéramos ponerle nombre y saber lo que significaba.

—Eso no es factible —añado, masajeándome las sienes—, y elegir entre nosotras tampoco es una opción. Jamás lo ha sido.

María asiente despacio, más seria de lo habitual.

—Ya... —dice—. Lo sé.

Por supuesto que lo sabe. Si hay algo que nos caracteriza a las tres, ha sido saber aguantar el tirón, sobre todo cuando lo más fácil habría sido tomar caminos distintos y dejar de complicarnos la vida.

—Entonces... —continúo—, tenemos un problema.

—Ni mucho menos —corrige Lola, dejando la copa sobre la mesa—. Lo que tenemos es una solución. La tercera plaza se paga entre todas y listo.

María parpadea.

—¿Así, sin más?

—Así, sin más —repite Lola—. ¿O es que ahora vamos a empezar a hacer las cosas fáciles?

Me dejo caer en el respaldo de la silla y las observo, esperando a que la idea se asiente. Hay decisiones que no necesitan el filtro de lo racional, encajan o no, y esta lo hace con una claridad absoluta.

Quizá la próxima historia debería ser completamente distinta a esta.

Explora otra sección en [Inepub](#).

—Es una locura —digo.

—Lola tiene razón. Y, además, es lo que hacemos siempre — responde María, esta vez con una sonrisa de oreja a oreja.

Y cómo no, ahí está la clave: convertir lo que es de una en algo de todas y repartir el peso para que nadie cargue con él a solas, aun a riesgo de complicarnos más de la cuenta.

—Vale —cedo, soltando un suspiro que tiene más de alivio que de otra cosa—. Pagamos la tercera plaza.

María celebra la decisión con una palmada suave sobre la mesa.

—¡Nos vamos a Roma! —exclama, como si necesitara oírsele decir a ella misma para creérselo del todo.

—Nos vamos a Roma —repito.

—¡Nos vamos a Roma! —insiste.

Se levanta otra vez, agarra a Lola del brazo y tira de ella para que la acompañe en su euforia.

—¡Italia nos espera! —canturrea divertida.

Lola protesta, pero termina por seguirle la corriente, negando con la cabeza al tiempo que sonrío, a su manera.

—Estamos fatal —dice—. Pero sí, nos vamos.

Levanta la copa.

—Brindemos antes de que a alguien le dé por pensarlo demasiado.

Chocamos nuestras copas y todo encaja de golpe, sin esfuerzo alguno. El ruido, la luz, nosotras tres. Un gesto sencillo con la fuerza suficiente para poner cada cosa en su lugar.

María se ríe, sin dejar de repetir en voz baja: «Roma, Roma, Roma», saboreando la idea como quien saborea un caramelo antes de que se deshaga. Lola recupera su asiento y, con parsimonia, gira la copa entre los dedos.

Yo doy un sorbo más largo de lo habitual, paladeando su sabor mientras trato de acompasar el pulso. Necesito que el cuerpo alcance a la mente, que va a mil por hora.

Nos sostenemos la mirada en un silencio que se siente diferente. Luego, María se refugia en la pantalla de su móvil más tiempo de la cuenta y Lola se queda absorta en el cristal de su copa.

—¿Qué? —pregunto al final, ya que alguien tiene que hacerlo.

María levanta la vista, y la sonrisa sigue ahí, pero ya no es la misma.

—Nada.

—María...

Suspira, se echa el pelo hacia atrás y sonrío, aunque esta vez hay algo diferente en el gesto.

—Solo estaba pensando que hace unos años esto habría sido distinto.

Lola alza una ceja.

—¿Distinto cómo?

—No sé... —responde—. Más impulsivo, quizá. Más... fácil.

—Esto ha sido bastante impulsivo —señalo.

—Sí, pero antes no lo habríamos pensado ni medio segundo —insiste—. Ahora lo hemos hecho. Poco, pero lo hemos hecho.

Asiento, aunque no me guste reconocer que tiene razón.

—Supongo que ahora tenemos más cosas que perder —digo, apoyando la barbilla en la mano.

—O más miedo a perderlas —añade Lola, con esa calma suya que está claro que no es casual.

—Bueno, pues perfecto —dice María, recuperando su tono habitual—, porque eso significa que este viaje nos va a venir de lujo.

—¿Para qué exactamente? —pregunto.

—Para recordarnos quiénes somos cuando dejamos de pensarlo tanto.

La miro con una sensación de alivio al caer en que lo dice en serio, que no es una frase bonita y que hay algo detrás.

Lola también la observa, con la copa parada a medio camino.

—O para descubrir quiénes somos ahora —añade.

Y eso ya no suena igual.

Ese comentario se queda flotando entre nosotras, sin resolverse.

—En fin —digo, rompiendo la pausa—, Roma nos espera.

—Y nosotras a ella —responde María.

—Y al lío que venga con ella —concluye Lola.

Sonrío, sabiendo que en el fondo, Roma es la excusa. Lo que viene después somos nosotras: lo que fuimos, lo que somos y lo que, sin saberlo, estamos a punto de cambiar.

Y esta vez, por alguna razón, no me da miedo.

Capítulo 3

La cuenta atrás

El murmullo de fondo sube y baja, ajeno a nuestra mesa, donde seguimos sentadas. El local sigue siendo el mismo, pero algo ha cambiado en nosotras. Se nota en pequeños detalles: en la manera en que dejamos los móviles sobre la mesa sin llegar a apartarlos, o en lo despacio que se vacían las copas. Y, sobre todo, en la tensión que aparece cuando la idea deja de serlo y empieza a exigir decisiones.

Así que, como tengo suficiente intuición, esta vez me toca a mí dar el paso y, antes de que el subidón se evapore, decido cerrar lo que hemos empezado hace unas horas.

—Chicas, tenemos que comprar los billetes hoy —digo, mirando primero a Lola y luego a María—. Cerremos esto ya, antes de que nos dé por analizarlo y pase de ser un hecho a una simple posibilidad.

—¡Qué bien hablas, canija! —suelta Lola, y yo sonrío.

María inclina la cabeza, divertida, mientras recoloca la información en su sitio antes de pronunciarse. Su actitud es tan medida que da la sensación de que lo que vaya a decir será súper importante.

—¿Seguro que has revisado bien las condiciones?

—Varias veces —admito, poniendo los ojos en blanco—. Y alguna más, por si acaso me estaban traicionando las ansias y solo veía lo que quería ver.

María suelta una risita baja, de esas que empiezan en la garganta y terminan en los ojos.

—Eso no garantiza nada contigo.

Le saco la lengua sin ganas de discutir porque, en el fondo, tiene razón.

Sin necesidad de ponernos de acuerdo, las tres cogemos los teléfonos casi al mismo tiempo y nos inclinamos sobre la mesa con aire de conspiración. Durante unos minutos el mundo se reduce al

tecleo de nuestros móviles, a buscar fechas y a pequeñas pausas llenas de concentración.

—Tiene que ser antes del plazo límite —murmura Lola, deslizando el dedo por la pantalla con precisión—. Y teniendo en cuenta que el premio solo cubre a dos personas.

La frase queda flotando entre nosotras, una de esas verdades que hay que colocar en su sitio para poder seguir avanzando.

—Sí, ya lo sabemos. Somos tres —constata María.

La miro un segundo.

Luego a Lola.

Y en ese mínimo cruce de miradas, todo se decide sin necesidad de alargarlo.

—Ya hemos acordado que entre las tres pagaríamos esa tercera plaza —les recuerdo.

—Por supuesto, y es indiscutible —responde Lola.

—Ni se plantea otra cosa —remata María, sonriendo.

Me parece curioso cómo algo tan simple termina teniendo más importancia de la que aparenta. Al final, no es solo resolver un detalle logístico: es confirmar que seguimos siendo el equipo sólido que jamás se romperá cuando hay que elegir.

Continuamos cuadrando horarios, opciones y combinaciones que encajen con nuestras agendas y, poco a poco, el plan deja de ser una idea bonita y empieza a tomar forma, una hoja de ruta que nos empuja a dar pasos firmes y a comprometernos con todas las de la ley.

—Este —dice Lola al cabo de unos minutos, dándole la vuelta al móvil para que podamos verlo—. Sale el viernes por la tarde y el regreso es... el domingo. No se puede ajustar más.

María y yo nos acercamos para verlo mejor. Y vaya si encaja, hasta diría que demasiado bien.

—Tengo libre —dice ella, justo cuando noto un pequeño tirón por dentro.

—Yo también —añade Lola, sin percibir mi incomodidad.

Ambas me miran.

Y ahí es donde la cosa se complica un poco más.

Hemos dejado atrás las conjeturas y estamos a un paso de que todo cobre forma, y ahora mismo mi vida es un caos, igual que mi

trabajo. Sergio y sus eternas promesas, la operación fallida de la semana pasada y tantas cosas más.

¡Se acabó! Un respiro no me va a matar.

—¡Genial! Pues ya está hecho —respondo con la sensación de que mi exaltación carga un poco más de la cuenta.

María mantiene el dedo suspendido en la pantalla, lo justo para transformar el clic en una auténtica declaración de intenciones. Lola abandona la copa con un tintineo nervioso que delata su inquietud. Y por mi parte, me quedo mirando el botón de confirmar, con la sensación de que en ese pequeño recuadro digital se concentran todos los imprevistos capaces de echarnos el plan abajo.

Durante un segundo casi imperceptible, el tiempo queda suspendido en un punto en el que aún es posible dar marcha atrás, reírnos, cambiar de tema o dejarlo para otro día sin que nada termine de romperse. Pero nada de eso sucede: el dedo de María completa el gesto con dramatismo y sin vuelta atrás.

Cuando la notificación del correo asoma por la parte superior de la pantalla del teléfono con la confirmación, dejo escapar un gruñido.

—Pues entonces... ya está —dice María, con un brillo en la voz que hace un momento no tenía—. ¡Nos vamos a Roma!

Noto un ligero vértigo en las entrañas. El proyecto ha dejado de ser una fantasía del cielo para convertirse en algo tangible que ya difícilmente se puede deshacer sin consecuencias.

—Joder... —murmuro, mordisqueándome el labio—. Esto ya es una realidad.

—Menos mal —dice Lola, con la copa en alto.

Brindamos sin ceremonia ni discursos, con una complicidad que no necesita adornos. El vino, que hace un rato sabía a lo de siempre, ahora tiene un sabor distinto, uno que no viene de la uva sino de la aventura que acabamos de aceptar.

Nos despedimos más tarde de lo habitual, cada una con la sensación extraña de haber cerrado un pacto importante sin que el entorno haya variado lo más mínimo.

Camino a casa con el teléfono caliente de mensajes y risas, y en algún momento del trayecto caigo en la cuenta de que el viaje ya ha empezado.

No en Roma, sino aquí, en esta misma acera, mucho antes de que ninguna de las tres haya hecho la maleta.

Capítulo 4

La cocina no cierra sola

Lola

Llevo cuarenta minutos discutiendo con un proveedor de pescado por un retraso de dos horas, y aún me queda la salsa holandesa a medio montar y una maleta que ni he empezado a hacer. Si Roma cree que me va a pillar desprevenida, Roma no me conoce todavía.

—Lola, el jefe de sala pregunta si la degustación de esta noche lleva o no el rodaballo —dice Marcos, mi segundo, asomando la cabeza por la puerta de la cámara.

—Lleva lo que yo diga que lleva, y hoy digo que sí —respondo, sin levantar la vista de la olla—. Dile que se relaje. La cocina no se ha incendiado todavía.

—Todavía —repite él, y desaparece antes de que le tire algo.

Me gusta este caos. Lo reconozco, aunque suene raro decirlo en voz alta: prefiero mil veces un servicio a tope que un domingo tranquilo en casa, y eso ya dice bastante de mi vida, aunque prefiera no pararme a pensarlo con la sartén todavía en el fuego.

El teléfono vibra en la encimera, entre una tabla de cortar y un bol de nata a medio montar. Es Javier.

JAVIER:

¿A qué hora sales? Se me ha acabado el vino.

Miro el mensaje dos veces, por si se me escapa algo entre líneas. No se me escapa nada. Es exactamente lo que dice: que se le ha acabado el vino.

Le contesto sin darle más vueltas.

YO:

En la nevera hay otra botella.

Bien abajo, detrás de los yogures.

Y ya está. Ni un «que tengas buen servicio», ni un «espero que no tengas mucho lío», ni siquiera un «te echo de menos». El vino. Ese es el titular de mi despedida.

No me quejo. Bueno, sí me quejo, pero solo por dentro, y solo un poco, con la misma cara que pongo cuando alguien me dice que el picante «está fuerte» sin haberlo probado siquiera. Llevamos ya el tiempo suficiente casados para que el silencio entre nosotros no me sorprenda ni me sepa a nada en particular. Como cuando llevas tanto tiempo cocinando con la misma sal que ya ni la notas en el plato.

Cierro el bol de nata con film transparente y pienso, sin venir mucho a cuento, que a este paso el día que me muera se va a enterar por la etiqueta de la esquila.

—Eh, jefa —dice Marcos, asomando otra vez—, ¿te vas de verdad tres días?

—Me voy —confirmo—. Y como toquéis mi cámara mientras no estoy, os corto los dedos, uno a uno, sin anestesia.

Se ríe, porque cree que exagero. No exagero.

Termino el servicio de la comida con la cabeza ya medio en la maleta, calculando cuántos pares de zapatos entran en un equipaje de mano y si merece la pena facturar solo por meter la plancha del pelo. Decido que no. Roma no me va a ver despeinada, pero tampoco pienso pagar veinte euros por un aparato eléctrico.

A las cinco cierro la cocina, dejo el turno de noche organizado con la precisión de quien ha aprendido a no confiar en nadie, y subo a casa a hacer la maleta de verdad.

Javier está en el sofá, con el mando en una mano y la copa de vino —la que le he indicado por WhatsApp— en la otra.

Me quedo un segundo en el pasillo, con la maleta vacía todavía en las manos, mirándolo sin que él se dé cuenta. No sé qué esperaba, la verdad. Quizá que se levantara. Quizá que preguntara algo más que si ya me iba. Quizá nada, porque llevo tanto tiempo sin esperar nada concreto de él que ya ni sé reconocer la decepción cuando me visita.

—Ey —dice, sin apartar los ojos de la tele—. ¿Ya te vas?

—Mañana por la mañana. Hoy solo hago la maleta.

—Ah. Vale.

Y vuelve a la tele.

Hace ya casi un año que dormimos en habitaciones separadas, desde que él empezó con los ronquidos y a mí se me acabó la

paciencia para fingir que no me molestaban tanto como la excusa que usamos los dos para no compartir cama. Nadie lo ha llamado por su nombre en voz alta, pero los dos sabemos que ya no es solo cuestión de ronquidos.

—¿Necesitas que te ayude con algo? —pregunta, esta vez sí girando la cabeza.

Por un segundo pienso en decirle que sí, que me ayude a entender en qué momento empezamos a hablarnos como dos compañeros de piso con buena relación. Pero no lo digo. En su lugar, sonrío y niego con la cabeza.

—No, ya me apaño. Como siempre.

Y lo digo sin rencor, casi como una receta que ya me sé de memoria: se pone el agua a hervir, se añade la sal cuando toca, y una ya sabe exactamente cuánto va a tardar en subir a punto de ebullición sin necesidad de mirar el reloj.

Hago la maleta sola, doblando la ropa con la misma precisión con la que emplato un canelón, calculando espacio, evitando arrugas, dejando fuera lo que no va a servir de nada llevar. Cuando termino, me siento en el borde de la cama y marco el número del grupo antes de escribir nada, solo para escuchar el tono de llamada, como si el simple hecho de que suene ya me devolviera algo de la ilusión perdida en el sofá de abajo.

Cuelgo antes de que contesten. No hace falta molestarlas. Ya tendré tiempo de contarles lo del vino cuando estemos las tres compartiendo mesa y mantel, que es donde de verdad me apetece hablar.

Mañana Roma. Y con un poco de suerte, tres días enteros sin que nadie me pregunte por una botella de vino que yo misma he tenido que localizar por control remoto.

Cierro la maleta.

Se acabó pensarlo por hoy.

Capítulo 5

Bombón en primera clase

El aeropuerto tiene esa forma de colocarte en tránsito incluso antes de haberte movido. Todo el mundo parece estar en medio de algo que no termina de empezar ni de acabar, y nosotras tres no somos la excepción.

Arrastramos unas diminutas maletas —porque el premio no da para más y porque, en el fondo, tampoco las necesitamos mayores— que suenan más de lo que pesan, ocultando bajo el ruido unos nervios que ninguna quiere reconocer en voz alta.

—Me niego a facturar —dice Lola, ajustándose la mochila al hombro—. Lo que no quepa aquí, se queda en tierra.

—Eso lo dices ahora —responde María—. En cuanto te encapriches de media Roma, me cuentas cómo hacer el equipaje de vuelta.

—Eso será cultura y la cultura no ocupa espacio.

—Claro —añado—. Sobre todo si viene en forma de zapatos con tacones de quince centímetros.

Elude mi comentario y pasamos el control entre bromas y pullas sin importancia, con la cabeza aún medio en tierra mientras el cuerpo ya empieza a notar que algo va a cambiar, sin que haya todavía ni una sola prueba de ello.

Esa sincronía se corta en seco cuando la azafata levanta la vista y nos hace una señal tan cortés como tajante para que nos detengamos.

—Un momento, por favor.

Toma los tres pasajes y los escanea uno a uno. Se queda mirando el monitor con expresión neutra, digna de una profesional que no quiere alarmar antes de tiempo.

—Me temo que hay una incidencia con la reserva de esta persona —dice, señalando mi tarjeta de embarque.

—¿Qué tipo de incidencia? —exijo, con la mosca detrás de la oreja.

—Tu billete aparece sin asiento asignado. Debe ser un error en la emisión del documento original. —Teclea con rapidez, comprueba los datos, niega con la cabeza y lo intenta de nuevo—. No es nada grave, pero hay que resolverlo si quieres embarcar hoy.

María y Lola me observan. Yo les devuelvo la mirada, y mientras nadie dice nada, se hace un vacío en el que mi mente duda entre ponerse en modo catástrofe o esperar.

La azafata no nos da tiempo a decidir.

—Disponemos de una plaza libre en primera clase —comenta, con la misma naturalidad con la que podría estar hablando del clima—. Te la puedo adjudicar y el problema queda resuelto.

Me quedo paralizada. Mi cerebro se ha quedado bloqueado en «sin asiento asignado». El resto de la información me llega con retraso.

—¿Perdón? —consigo articular.

—Un asiento disponible en clase preferente —repite, sin inmutarse—. ¿Desea que se lo asigne?

Parpadeo aturdida. Una vez... dos...

Me doy la vuelta y busco a mis amigas porque soy incapaz de procesar la oferta por mi cuenta.

—Tú —dicen María y Lola casi a la vez.

—Ni de broma —respondo, y por fin vuelvo a la tierra.

—Es tu premio —insiste María.

—Es lo justo —añade Lola, casi al mismo tiempo.

Voy a protestar, de verdad, pero en ese momento pasa alguien por nuestro lado y la escena se rompe en otra dirección.

Lola se queda mirándolo sin disimulo.

—Vale —dice—. Cambio de planes. Voy yo.

—Ni lo sueñes —responde María, tirando de ella.

—Ese hombre está para mojar pan y chuparse los dedos.

—Pues te aguantas.

—Carmen va.

Y yo, que sigo procesando la situación, levanto la vista lo justo para confirmar lo evidente.

—¡Dios! Está buenísimo.

Ninguna vuelve a mencionar quién irá a primera clase. María me da un empujón suave hacia la izquierda, Lola ya va hacia la derecha

con los ojos todavía puestos en el desconocido, y yo me dejo llevar sin acabar de oponer resistencia.

Me acomodo en mi nueva asignación con la sensación de haberme colado en una fiesta a la que no me habían invitado y, a la vez, con la firmeza de admitir que disfruto del lujo más de lo que debería.

¡Madre mía! Levanto la vista, y ahí está.

El chico diez.

No a mi lado exactamente, pero lo bastante cerca para que mi campo de visión lo incluya sin esfuerzo.

Entre nosotros dos hay un pasillo estrecho que en este momento se me antoja inconmensurable.

Mando un mensaje al grupo.

YO:

Tengo al bombón aquí al ladito.

La respuesta de María llega al instante.

MARÍA:

Baño del avión. Hazlo.

Resoplo, aguantando la risa. No quiero que se dé cuenta de que estamos hablando de él.

YO:

Estás enferma.

Lola entra en la conversación.

LOLA:

Miles de pies de altura. Experiencia vital.

YO:

Corrijo. Estáis enfermas.

La risa se me escapa sola sin que pueda hacer nada por sujetarla. Y justo entonces él me mira.

—¿He dicho algo gracioso?

Levanto la vista, pillada en plena escena.

—No... bueno... mis amigas.

—Eso lo explica todo.

Sonrío.

—Sí, bastante.

Y a partir de ahí, la conversación empieza a fluir sola. Hablamos de cosas triviales, de detalles absurdos, de lugares y de nada en concreto. Hasta que, sin darnos cuenta, la auxiliar de vuelo anuncia que debemos abrocharnos los cinturones porque hemos llegado a nuestro destino.

Tras el aterrizaje, nos mezclamos con la multitud, recuperando la prisa y el estrépito del aeropuerto mientras cada cosa vuelve a su sitio. O debería.

Con el equipaje a cuestas, avanzamos por la terminal y, en medio del tumulto, lo veo alejarse sin mirar atrás, como si aquel breve tramo compartido no hubiera dejado más huella que la de un asiento vacío.

No puedo evitar quedarme mirándolo un segundo más de lo necesario.

—Carmen... —dice María a mi lado, interceptando mi trayectoria visual—. ¿Algo que confesarnos?

Lola se suma enseguida al interrogatorio.

—¿Ha habido mambo o no?

Me río de sus ocurrencias negando con la cabeza.

—Sois imposibles.

—Lo que tú digas, pero cuéntanos algo, mujer.

Las miro a las dos y sonrío.

—Nada de nada.

Lo afirmo, a pesar de que no es del todo cierto.

Y, a juzgar por sus expresiones, diría que tampoco las he convencido. Quizá porque yo misma he dejado de creerme mis propias excusas y, por mucho que intente negarlo, he sentido algo que, viniendo de mí, ya es decir bastante.

Capítulo 6

Benissimo!

«Roma no espera a nadie», pienso en cuanto cruzamos la salida del aeropuerto y el calor pegajoso de la calle nos da la bienvenida.

Sin duda, el ritmo aquí es frenético y, por más que intentamos avanzar, tengo la impresión de que llegamos tarde. Entre empujones, nos sumergimos en el zumbido constante de los motores, las voces y los pasos apresurados que, junto al inconfundible aroma del café recién hecho mezclado con pan tostado y la historia antigua que guarda cada edificio, me terminan de confirmar que Roma ya nos ha ganado la partida.

Es demasiada información para procesar de golpe, y no puedo decir más que... ¡me encanta!

Su caos organizado, de repente, me desborda y me hace sentir viva y diminuta a la vez.

María gira sobre sí misma con los ojos muy abiertos, queriendo abarcarlo todo en un solo vistazo. Lola, más contenida, se ajusta la correa del bolso al hombro y observa el panorama con su habitual serenidad. Yo respiro hondo, dejando que las luces y el ruido me sacudan por dentro y despierten unas ganas de vivir que llevaba meses aparcando sin darme cuenta.

—No sé si es por el bochorno o por el exceso de horas de avión, pero mi cuerpo pide acción —murmuro, más a modo de justificación que de queja.

—No eres tú —me secunda Lola—. Es el efecto que causa este lugar.

Y tiene razón. Es Roma en su versión más aplastante y seductora: una ciudad que te invita a perderte mientras te obliga a contemplar cada rincón.

Avanzamos hacia la salida arrastrando las maletas, mezclándonos con gente que llega, que se va, que se abraza, que habla en idiomas que no entiendo pero que, aun así, me resultan familiares.

—Taxi —dice María, señalando sin mucha convicción.

—Taxi —repito, aunque no me nuevo.

—A ver si a estas alturas de la vida vamos a tener que aprender a parar uno como se debe —añade Lola, plantándose en el bordillo con los brazos en jarras, como si eso fuera a acelerar el proceso.

—Tú lo que quieres es ver quién nos recoge —le suelto.

—Culpable.

No nos hace falta esperar mucho. Un coche se detiene a nuestro lado justo a tiempo. La ventanilla baja despacio y aparece un hombre de unos cuarenta años, mandíbula marcada y unas ojeras que, lejos de restarle atractivo, le dan un aire de estar siempre a mitad de una historia interesante, asomándose con gesto amable y una media sonrisa que promete más de lo que dice.

—Amorina, ¿un tour por la ciudad?

Su español tiene un deje extranjero, aunque fluido y cuidado. Pero lo sorprendente es su voz, suspendida en el aire un segundo más de lo necesario y cargada de una intención que no va dirigida a las tres, sino a María.

No necesito mirarla para saber qué cara ha puesto. Aun así, busco su reacción y la encuentro tal cual esperaba: con los ojos fijos en él y una sonrisa entre el interés y la indiferencia, como si algo en ella, dormido desde hacía tiempo, acabara de asomar la cabeza.

—Depende —responde, apoyando una mano en la puerta sin perder el gesto—. Si vas a repetir la misma táctica que utiliza con todas, nos bajamos en la siguiente esquina.

Lola y yo cruzamos un vistazo fugaz, capaz de resumir toda una vida de complicidad en apenas un segundo.

El conductor se inclina hacia delante, apoya el brazo en la ventanilla y sonrío de una forma franca. Su actitud transmite una confianza absoluta, sin sombra de arrogancia, y delata que conoce perfectamente el terreno que pisa.

—Entonces tendrás que corregirme.

María no responde de inmediato. Una sombra le cruza el rostro, breve, casi imperceptible, que más que miedo es precaución, de esas que se aprenden a base de tropezar siempre con la misma piedra.

La atracción está ahí, latente. Pero está claro que se contiene.

—Vale, subimos —dice, cediendo a la curiosidad sin soltarse del todo—. Eso sí, quiero tu número —añade, con un límite claro y justo para no perder el hilo del juego.

Él asiente, complacido, y le ofrece su tarjeta adelantándose a su deseo. Enzo, leo de reojo en el cartoncito antes de que ella la guarde.

Ese intercambio, breve y sin artificios, basta para prender la mecha. No es enamoramiento, sería absurdo pensarlo. Sin embargo, hay una conexión eléctrica, y ese fogonazo alcanza para que el entorno adquiriera un matiz distinto.

Lola observa desde el asiento trasero, frunce el ceño con diversión y discreción, y comenta en voz baja:

Guarda otro título para el fin de semana.

Puedes encontrarlo en [Inepub](#).

—Este no le aguanta ni cinco minutos.

—Con esa cara tampoco necesita mucho más —le susurro, y ella asiente sin apartar los ojos de la escena.

María se encoge de hombros sin responder, jugando a no mostrar demasiado, aunque yo le veo el brillo en los ojos y la curva de esa sonrisa que contradice su autocontrol.

El taxi arranca y Roma empieza a desplegarse ante nosotras: plazas que no aparecen en ninguna guía, callejones que no prometen nada y al mismo tiempo lo contienen todo, fuentes que murmuran historias que solo alguien como María puede recitar de memoria. Ella toma la palabra sin darse cuenta, corrige un dato, añade otro, enlaza anécdotas, señala detalles que nadie más percibe. Roma se despliega por su boca con una soltura que a mí me llevaría media vida aprender.

Él escucha, interviene lo justo, midiendo cada palabra. Se nota que le gusta lo que oye y que disfruta del pulso ligero que María le plantea sin proponérselo, y se deja llevar sin invadir ni romper el equilibrio.

—Eso que describes del *Trastevere* —dice él, con los ojos en la carretera pero la atención puesta en ella— no lo cuenta ninguna guía así.

—Porque las guías las escriben personas que lo han leído, no las que lo han vivido —responde María, sin presumir.

Él suelta una risa breve, genuina, de las que no se fabrican.

—¿Y tú lo has vivido?

—Todavía no —admite ella—. Pero lo voy a vivir.

—Yo apunto la frase para la lápida —murmuro por lo bajo, y Lola me da un codazo para que me calle, aunque ella también se está riendo.

Se produce una pausa corta y, en el acto, percibo que Lola y yo nos hemos vuelto invisibles para ellos, como si de pronto solo existiera espacio para dos personas en todo el coche.

Apoyo la cabeza en el cristal de la ventanilla y dejo que Roma me invada sin pedir permiso. De pronto me llega un destello fugaz del avión, un tiempo suspendido entre dos destinos donde aparentemente no pasó nada. O tal vez sucedió todo y simplemente se me escapó el detalle.

—Podríamos trabajar juntos —suelta de repente el taxista, lanzando la idea como quien no quiere la cosa, aunque la intención es tan clara que consigue que regrese al presente de golpe—. Tú sabes contar la ciudad y yo conozco sus rincones. Una combinación interesante.

María se queda callada, movida por algo más profundo que la simple sorpresa. La propuesta ha tocado un punto que no esperaba encontrar aquí. Mucho menos tan rápido y fácil.

—La verdad es que necesito cambiar de aires —responde al final, más para sí misma que para él—, pero tendrás que esperar.

Él asiente y acepta la condición, dándole el espacio que ella precisa, sin llegar a distanciarse.

—Mientras tanto, si me aceptáis, seré vuestro transporte.

—Con esa oferta, casi que te contratamos fijo —suelto desde atrás.

—Carmen, no le des ideas —protesta María, sin volverse, aunque se le nota la sonrisa en la voz.

Lola apoya la cabeza en el respaldo y permanece al margen, aunque me consta que no pierde detalle. Escanea cada movimiento y cada intención, una costumbre habitual cuando algo le interesa, aunque hoy le interese más bien poco disimularlo.

Yo observo a María a través del espejo y me cuesta identificarla. No es que de golpe se haya transformado en otra; más bien pienso que ha recuperado una faceta suya que en Madrid le quedaba pequeña. Aquí respira de otra manera, más suelta, más ella.

Y me pregunto, sin decirlo en voz alta, si a las tres nos va a pasar lo mismo, si este sitio va a sacar de nosotras lo que hemos ido dejando por el camino sin darnos cuenta.

El coche se detiene en un semáforo y, durante lo que dura un suspiro, todo parece quedarse suspendido: el ruido, la conversación, incluso el aire... es Roma dándonos tiempo para entender dónde estamos antes de seguir avanzando.

La luz del disco cambia a verde, nos ponemos en marcha y enseguida la ciudad vuelve a moverse. Y con ella, una corriente nueva. Sin forma definida, pero presente.

Y mientras el taxi dobla una esquina y el sol empieza a caer sobre los tejados, entiendo que Roma tiene el don de abrirte sin pedir permiso, de colarse por donde menos lo esperas y quedarse ahí, cambiando cosas sin avisar.

Una emboscada, sí. Y ninguna de nosotras está preparada para esquivarla.

Capítulo 7

Tres, aunque no cuadre

El taxi se detiene y el hotel se muestra ante nosotras de improvisto, tan discreto como impecable. Es de esos que prometen un ambiente tranquilo, en contraste con el de la calle. Es un paréntesis necesario tras el revuelo anterior, donde el tiempo transcurre en una versión más ordenada de lo que hemos vivido hasta ahora.

—Vale... —murmura María nada más enfilar el camino, bajando la voz sin darse cuenta—. Esto ya me gusta más.

—Hemos llegado, *amorina* —dice Enzo, girándose lo justo para que la frase la encuentre solo a ella.

Se baja del coche sin darnos tiempo a reaccionar. Rodea el vehículo y abre la puerta delantera, la de María, obviamente, con una soltura envidiable, y le ofrece la mano con un gesto que roza lo caballeroso sin caer en lo exagerado.

Mi amiga vacila una décima de segundo antes de aceptarla. Sospecho que es más por no evidenciar nada que por la falta de ganas.

En cuanto ella pisa el suelo, él se apresura a recoger su maleta, colocándola con cuidado, alargando el gesto un poco más de lo que la maleta necesita.

Lola y yo salimos por nuestra cuenta, esquivando la escena con toda la dignidad que permite la situación.

—¿Has visto qué servicio tan... personalizado? —murmura Lola a mi lado, sin apartar la vista de ellos.

—Cierto. ¿Nos habremos confundido de transporte? —añado—. Pensaba que habíamos parado un taxi y resulta que es un servicio de escolta sentimental de lujo.

María nos lanza una mirada fugaz, que oscila entre el reproche y la diversión, mientras Enzo, ajeno por completo a nuestra existencia, se ofrece a acompañarla hasta la puerta del hotel.

—Gracias, Enzo —dice ella, manteniendo una distancia que se tambalea por momentos.

—Un placer, María —responde él, con un toque de picardía.

Lola y yo nos miramos de nuevo.

—Joder con el taxista —gruño—. No pierde el tiempo.

Mientras arrastramos «nuestro» equipaje hasta la entrada, me dedico a observar el hotel. Su encanto reside en lo poco ostentoso que es. Mármol claro, techos altos y molduras sutiles que combinan con la calidez de las lámparas antiguas, creando una atmósfera acogedora. Un lugar donde cada detalle garantiza bienestar y deja huella.

—Esto va a ser peligroso —dice Lola, dejando la maleta junto a la recepción y ojeando el entorno con atención profesional—. Como la cocina sea igual de buena que la decoración, me van a tener que echar a la fuerza.

—Te recuerdo que venimos a ver Roma, no a que te atrincheres en los fogones —le advierto, sabiendo perfectamente que lo dice muy en serio.

Nos acercamos al mostrador y el empleado nos dedica su atención. Tiene una elegancia difícil de fingir: camisa blanca impecable, gesto amable y una sonrisa equilibrada y bonita.

—Buongiorno, soy Óscar —se presenta, con un acento tan suave que dulcifica el saludo—. ¿En qué puedo ayudarlas?

Me identifico y le menciono lo del sorteo. Nada más hacerlo, percibo un ligero matiz en su entonación. Es evidente que nos está etiquetando en una categoría concreta que no sé si va a gustarme.

—Sí, por supuesto —responde al consultar el sistema—. Tienen confirmada una suite para dos personas.

Siento la rigidez de Lola a mi lado. María permanece callada, pero su expresión cambia. Sé a ciencia cierta que no es por la exclusividad de la habitación, sino por el trasfondo del asunto.

—Somos tres —intervengo—. Y preferimos no separarnos.

Apoyo las manos en la madera y permito que mi escote trabaje por mí.

El guapito de cara me devuelve el contacto visual y evalúa la situación sin perder la sonrisa. Yo sostengo su atención un instante extra, el tiempo necesario para inclinar la balanza a nuestro favor. No es una estrategia que me entusiasme, pero sería hipócrita fingir que no sé cómo funciona. Negociar también implica saber jugar bien tus bazas.

—Entiendo —responde—. En ese caso podríamos ofrecerles una habitación triple, aunque no sería de la misma categoría.

—No pasa nada —dice María, rápida—. Lo preferimos.

—Siempre —añade Lola, con una seriedad que cierra cualquier debate.

Asiento, porque la decisión tiene sentido.

—La suite seguro que está muy bien —añado, mirando al recepcionista con una sonrisa socarrona—. Sin embargo, no compite con nosotras tres compartiendo espacio. Créame.

Él no aparta los ojos de los míos. Se ha instalado entre nosotros un flirteo ligero, de esos sin destino ni intención de ir a ninguna parte, pero que a ambos nos resulta cómodo por conocido.

—En ese caso —dice, inclinándose un poco más hacia mí—, intentaré que la habitación esté a la altura de la compañía.

—Eso espero —respondo, coqueta.

Lola carraspea a mi lado.

—Carmen...

—¿Qué? —le digo, sin mirarla—. Estoy gestionando.

María suelta una risa que disimula con una tos.

El recepcionista continúa con el proceso y, al entregarnos las llaves, añade como quien no quiere la cosa:

—Por cierto, el premio incluye una cena degustación en nuestro restaurante esta misma noche.

Lola se adelanta incluso antes de que termine de hablar.

—¿De qué tipo?

—Una propuesta de nuestro chef —aclara él—. Cocina italiana contemporánea.

La forma en que Lola se frota las manos es casi imperceptible, pero reveladora.

—Ya veremos qué tal —murmura, aunque su mirada delata curiosidad.

—El premio está previsto para dos personas —insiste él, tras una breve pausa—. No obstante, estoy convencido de que podremos hacer una excepción.

Lo miro...

Me mira...

Y sobra cualquier palabra.

—Qué amable —comento, apoyando los dedos sobre el mostrador y acortando el espacio que hay entre nosotros hasta que la distancia deja de ser neutra—. Roma promete.

—Roma... siempre promete —afirma él, siguiéndome el juego—. Depende de la compañía.

María me da un codazo en el costado.

—Por favor, compórtate.

—Estoy siendo encantadora —le replico.

Sujeto la llave que me ha entregado y le guiño un ojo al chico antes de alejarnos del mostrador.

Subimos en el ascensor y, al cerrarse las puertas, Lola niega con la cabeza.

—No puedes coquetear con todo lo que se mueve.

—No lo hago —aclaro—. Solo con quien me sigue el rollo. Y mira tú por donde, suele ser bastante gente.

María se ríe, descansando la espalda contra el espejo.

—Pues este ha entrado al trapo...

—Y bien —concluye Lola.

La habitación ya sabemos que no es la suite original, pero tampoco nos hace falta. En cuanto abrimos la puerta, el espacio nos envuelve en una calma de tonos neutros, tejidos delicados y detalles cuidados sin exceso. Una cama amplia y justo al lado otra más pequeña.

Al fondo, un ventanal que insinúa un paisaje espléndido.

Me acerco sin decir nada, descorro la cortina y la majestuosidad de Roma entra de golpe.

—No puede ser... —susurra María, acercándose.

Desde la ventana se alza, imponente y serena, la cúpula de San Pedro recortada contra el cielo de la tarde con una presencia que no requiere anunciarse porque su silueta ya es suficiente.

Lola se queda unos segundos en silencio.

—Vale —dice al final—. Esto compensa cualquier cosa.

Y tiene razón.

Esa panorámica tiene la capacidad de reorganizar y aportar perspectiva. Consigue que lo del exterior —el trabajo, las decisiones y las dudas— pierda importancia en un paréntesis que se prolonga más de la cuenta.

—Nos hemos metido en un lío —murmuro, sin saber si me gusta o me asusta.

—Desde luego —coincide María—. Y no tengo ninguna intención de salir de él.

En un visto y no visto, el baño se convierte en un caos organizado. Toallas que van y vienen, ropa sobre las camas, risas que se cruzan de un lado a otro mientras intentamos una coordinación que nunca termina de llegar.

—¡Ni se te ocurra gastar el agua caliente! —protesta Lola.

—¡Es Roma, el agua aquí cuenta como experiencia!

María aparece envuelta en una toalla con el pelo húmedo cayéndole por los hombros.

—¿Sabéis qué es lo peor? —dice—. Que aún no hemos salido a la ciudad y ya siento que está pasando algo.

—Roma no espera a que estés preparada —le digo—. Empieza igual.

Lola sale después, secándose las manos.

—Pues más vale que pase con buena comida de por medio.

—Ahí estamos de acuerdo.

—Oye —dice María—, ¿os habéis fijado que llevamos un rato usando el nombre de Roma para cualquier cosa?

—Eso es porque nos hemos contagiado de ella —respondo.

—Sí, pero recordad que la magia la ponemos nosotras. Que no se os pase por alto.

Las tres rompemos a reír al mismo tiempo.

Nos vestimos sin orden, ayudándonos, criticándonos, bromeando de cosas que fuera de aquí no tendrían gracia, y cuando por fin estamos listas, nos miramos un segundo en silencio, porque hay momentos que piden ser reconocidos antes de seguir.

—Estamos guapas —presume María.

—Siempre lo hemos estado —se burla Lola.

—Ya —añado—, la diferencia es que ahora somos conscientes.

Las tres rompemos a reír al mismo tiempo, aunque la de Lola se corta antes que las nuestras. El móvil le vibra en la mano, y solo con ver el nombre en la pantalla se le borra la sonrisa.

—Un momento —dice, ya de espaldas, llevándose el teléfono a la oreja—. Es Javier.

Se aparta hacia la ventana, y aunque baja la voz, no lo suficiente. Le oímos decir «ahora no» dos veces, y a la tercera ya no dice nada, solo escucha, con la mandíbula cada vez más tensa. Al otro lado se adivinan voces altas, unas frases que no llegamos a entender del todo, aunque el tono no deja lugar a dudas.

María y yo nos miramos sin decir nada, fingiendo mirar cualquier otra cosa para darle algo parecido a la intimidad.

—Pues muy bien —la oímos decir al final, con una calma que suena más a hartazgo que a paz—. Se acabó. Cuando vuelva a España firmamos los papeles.

Cuelga sin despedirse y se queda un segundo con el móvil en la mano, mirando la pantalla en negro como si esperara que dijera algo distinto.

—Lola... —empiezo, con cuidado.

—Estoy bien —corta, aunque no la creo del todo—. Vamos a cenar, que se me ha quitado el hambre de un modo que solo el vino me va a arreglar.

No insistimos. Sabemos que hay grietas que se cierran mejor sin que nadie meta el dedo, y esta es de las suyas.

Bajamos al restaurante María y yo entre risas, impulsadas por una energía distinta, más ligera y receptiva. Lola va detrás, más callada de lo normal, rumiando algo que no suelta. Nosotras dos cruzamos una mirada con cara de circunstancias, sin necesidad de palabras.

La ciudad ha empezado a surtir su efecto en las demás sin que nos hayamos dado cuenta.

Y mientras cruzamos el hall, reparo en que esto ha dejado de ser un simple viaje: es el principio de algo que ninguna de las tres sabemos nombrar todavía, y que, con toda seguridad, no vamos a poder esquivar.

Ni falta que hace.

Capítulo 8

Degustación... carnal

El restaurante no es que sea elegante, es que tiene otro nivel. Elegante suena a esfuerzo y, joder, aquí no hace falta.

Las mesas están vestidas sin una sola arruga y las copas mantienen tal alineación que da hasta un poco de miedo tocarlas. La luz tenue está pensada para que dirijamos la vista a puntos concretos. Resulta evidente que cada detalle está medido para controlar nuestra atención.

Nos reciben con una discreción absoluta, y en cuestión de segundos estamos sentadas con las servilletas en nuestro regazo, en un ambiente que parece ajeno al del exterior. Roma se ha quedado al otro lado de la puerta y aquí dentro el mundo se reduce a lo que nos aguarda en cada plato.

—Esto es peligrosamente bonito —murmuro, dejando la carta sobre la mesa sin abrirla del todo.

—Esto es... peligrosamente serio —corrige Lola, ya inclinada hacia delante, leyendo entre líneas lo que otros no ven.

María asiente con desgana, absorta en la pantalla del móvil, y no necesito preguntar para entender el motivo. Sonríe para mí. Cada una está donde tiene que estar.

—Oye —se me escapa, bajando la voz solo para Lola—. Lo de Javier...

—Se acabó —repite, sin apartar la vista de la carta, tajante—. De verdad, Carmencita. Se acabó y punto. Ya te contaré con más vino de por medio, pero ahora mismo no quiero ni pronunciar su nombre en esta mesa.

Asiento y no insisto. Ya habrá tiempo. Por ahora, bastante potente ha sido oírsele decir así, sin temblarle la voz.

El camarero nos explica en qué va a consistir el menú degustación con un tono pausado y preciso, parte del mismo engranaje que el resto del lugar. Habla del producto, de la técnica y de la reinterpretación.

Todo suena impecable.

Quizá demasiado.

El primer plato hace su entrada sin prisa. No acierto a descifrar qué tengo delante, pero es una maravilla digna de admirar, con una estética tan cuidada que paraliza un segundo antes de procesar lo que ves. El maître nos detalla el proceso del tomate confitado, la *burrata* ahumada y la albahaca. Palabras que en su boca suenan a poema, mientras que en la mía no significarían lo mismo.

Lola ni siquiera roza el cubierto. Realiza un levísimo movimiento de cabeza y, conociéndola, sé con exactitud lo que va a decir.

—No te gusta —le comento casi en un susurro.

—Me gusta —responde—. Pero... no me convence.

Eso pinta todavía peor.

Con cierto recelo, tanteo con el tenedor y la esfera se rompe con una delicadeza estudiada, provocando que el interior se deshaga en el plato. Lo pruebo sin mucha convicción y descubro que está rico, mucho, aun así me deja igual.

Miro a Lola.

La muy puñetera ya ha desconectado.

—Le falta tensión —murmura—. La técnica es perfecta, sin embargo, carece de riesgo, intención, pulso... no sé.

Joder con la Lolilla, se ha metido en su papel de lleno. Me río por dentro, pero por fuera mantengo la pose de que comparto cada palabra.

El segundo plato se delata antes por su aroma que por la explicación del maître, que esta vez menciona la trufa negra y yema curada con una reverencia que casi obliga a aplaudir. Desconozco en qué consiste el ravioli abierto, pero huele a algo que promete más de lo que cualquier palabra suya podría explicar.

Esta vez Lola se anima a probarlo antes que nosotras. Cierra los ojos un segundo y, al abrirlos, aparece un gesto familiar que la delata. Es lo que tiene haber ido con ella tantas veces a comer.

—Esto pide otra textura... —gruñe—. Y el vino no acompaña, más bien estorba.

Alzo la mirada y noto perfectamente que el camarero ha oído todo. Y no es el único, pues de pronto se nota una tensión en el ambiente que hace que la situación se vuelva incómoda.

—¿Perdón? —interviene una voz masculina, firme y segura, sin elevar el tono.

Vuelvo la cabeza y lo veo: «el chef».

Sin duda no necesita presentación. Se nota quién es, no por fama sino por presencia. Lleva la chaquetilla impecable con los puños remangados a medio brazo, entre el control de quien manda y la disposición de quien está listo para meterse en faena en cualquier momento. Es alto, fibroso, y se le aprecian unas canas bajo el gorro que no buscan esconder el tiempo, sino más bien asumirlo. Le dan un toque maduro y muy... muy sexi. Si a eso le sumamos el hoyuelo en la barbilla... ¡Joder! Este hombre debería venir con una advertencia.

Miro a Lola.

Se ha quedado inmóvil y sin palabras, raro en ella.

—¿Qué es lo que cambiaría usted? —pregunta él, acortando la distancia lo justo para que deje de ser cómoda.

El silencio se instala, creando una sensación de incomodidad que me hace revolverme en mi asiento, tanto es así que hasta María levanta la vista sorprendida. Le doy un pequeño codazo a Lola para que reaccione y nada.

Su cerebro acaba de hacer algo que jamás le había visto: cortocircuitar.

¿Buscas otro sitio donde explorar libros?

Busca **Inepub** en Google y mira qué aparece.

—¿Y bien? —insiste el chef sin perder la compostura, aunque ahora muestra un punto de interés incapaz de ocultar.

Lola parpadea, respira y vuelve en sí.

—La yema está perfecta —dice al fin—. Pero la pasta resulta demasiado uniforme, le falta contraste. Y el vino invade el sabor, quedándose por encima del plato.

El hombre guarda silencio durante un momento y la estudia con atención. Creo que se ha quedado obnubilado porque ha encontrado a alguien que habla su mismo idioma.

—¿A qué se dedica? —pregunta, cruzándose de brazos a la espera de una respuesta.

—Cocino.

Está claro que le basta con eso porque asiente despacio y esboza una leve sonrisa.

—Se nota. —Hace una pausa—. Me llamo Marco. ¿Y usted es...?

—Lola —responde ella.

María y yo nos miramos enviándonos un mensaje sin necesidad de palabras y nos giramos un poco para darles algo de intimidad, lo justo para que el camarero, que lleva un rato sin saber dónde meterse, se incline hacia nosotras y murmure en un hilo de voz.

—A este hombre todos le llaman IceMan. Estoy alucinando.

Tiene sentido, porque lo que acaba de pasar es de locos y no debería haber ocurrido y, aun así, me ha parecido lo más natural del mundo.

Cuando traen el siguiente plato, ya nadie está mirando lo mismo. Algo en la mesa ha cambiado por completo, «esto» no tiene nada que ver con el menú sino con lo que se ha activado entre ellos dos, que no definiría como coqueteo ni como admiración: es más peligroso que las dos cosas juntas.

Una conexión inexplicable que hace que no pueda dejar de mirarlos, pasando la vista de uno a otro.

Lola degusta el bocado con calma, paladeándolo bien y finalmente asiente. Él no se mueve, permanece ahí quieto, esperando su veredicto, sin ninguna prisa por irse.

—¿Y ahora? —insiste.

—Mucho mejor —admite ella—. Aquí sí noto que hay intención.

No se ríen ni se acercan, pero el espacio entre ellos se ha reducido tanto, que ya no se puede medir en centímetros.

—¿Te apetece venir a la cocina conmigo y aconsejarme sobre la marcha? —propone el chef, con un tono que de espontáneo tiene más bien poco.

Lola duda un segundo. Dos.

María y yo nos quedamos a cuadros, pensando que Marco sabe bien lo que está haciendo. Pero no decimos nada porque esto no es una invitación cualquiera.

Y en ese intervalo cabe todo: su respeto por la profesión, la necesidad de tener el control, el miedo a no estar a la altura y la curiosidad que, viniendo de ella, siempre acaba ganando.

—Vale —dice al final.

Directa y sin ser consciente de que acaba de aceptar algo que le puede dar la vuelta a la noche.

Lola se levanta. María y yo la observamos casi sin respirar, nerviosas por el giro de los acontecimientos.

El chef se aparta para dejarle paso. En cuanto ella pasa por su lado, estira la mano para colocarla en la parte inferior de su espalda, guiándola hacia la cocina con paso firme.

—Esto ya no es una degustación —murmura María, con la barbilla apoyada en la mano, entre alucinada y aguantándose la risa porque la escena es demasiado evidente para ignorarla.

—No, Mari. La cena es lo de menos ahora mismo.

Nos miramos un segundo y rompemos a reír.

Cuando nos calmamos un poco, levanto la copa y hago el gesto de brindis hacia la puerta por donde han desaparecido, luego le doy un sorbo al vino y mientras lo paladeo pienso que estoy encantada de que Lola se deje llevar un poco y no analice tanto las cosas que le suceden. Se lo merece, sobre todo hoy.

—No sé si alegrarme o asustarme, María.

Ella se gira hacia mí asintiendo.

—Está pisando un terreno desconocido que solo ella puede descubrir.

—Amén.

Capítulo 9

Sin hacer ruido

Me sorprendo riendo sola, con la copa a medio camino entre la mesa y la boca, imaginando a Lola en la cocina, discutiendo con el chef imperturbable hasta que acabe cediendo... o no. Y entonces la imagen cambia y la veo inclinada sobre una encimera, con Roma al fondo, y no puedo evitarlo.

—Joder... —murmuro, negando con la cabeza.

Me giro en busca de María, con ganas de comentar la jugada y ponerle nombre al terremoto que acaba de desatarse entre Lola y ese hombre que impone hasta sin hablar, pero la frase se me queda a medio camino.

La muy petarda está con el móvil y sonríe sin levantar la vista, con una luz distinta en la cara, más centrada y pendiente de alguien que no está presente. Doy un trago para disimular, por hacer algo con lo que ocupar las manos mientras asimilo lo que es evidente.

Ella apura la suya casi sin darse cuenta y deja el cristal sobre la mesa con una decisión que no necesita explicación.

—Nena, mi taxista está en apuros con una pareja alemana y me ha pedido...

La miro enarcando una ceja.

—María... ¿crees que nací ayer? —le digo, sin dureza, pero sin regalarle la coartada.

Se ríe, sabe que la he pillado.

—¡Vuelvo enseguida!

Se levanta antes de que pueda añadir nada más y se va sin mirar atrás, como si detenerse un segundo más fuera a complicarlo todo.

Doy otro sorbo al vino y permito que el silencio se instale sin pelearlo.

—¿Le sirvo algo más, *signorina*? ¿O prefiere que le haga compañía con el chisme de la casa?

Levanto la vista. Es el camarero, el mismo que hace un rato le ha soplado a María lo del apodo del chef, con una bandeja bajo el

brazo y una sonrisa que promete que no ha venido solo a rellenar la copa.

—Cuénteme —le digo, dándole permiso con un gesto de la mano —. Aunque me temo que ya me he perdido el final.

—¿El final? *Signorina*, esto no ha hecho más que empezar. — Baja la voz, aunque en el restaurante no hay nadie lo bastante cerca para oírlo—. Llevo cuatro años trabajando aquí y jamás había visto a Marco salir de la cocina en mitad de un servicio. Ni una vez.

—¿Y suele pasar que se lleve a las clientas a la cocina?

—Jamás —repite, con el mismo asombro de quien acaba de presenciar un milagro—. Tenemos una norma no escrita: el chef no sale, y menos aún invita a nadie a entrar. Su amiga debe de tener algo especial.

—Su amiga tiene lengua afilada y paladar exigente, que para él debe de ser lo mismo que tener algo especial.

Se ríe, apoyando la bandeja contra la cadera con la confianza de quien ya nos ha adoptado como la mesa favorita de la noche.

—Pues entonces atenta, porque si el IceMan se ha derretido con la primera crítica, no quiero ni imaginar lo que pasará si le da otra.

—¿Todo el mundo le llama así?

—Todo el mundo, aunque nadie se atreve a decírselo a la cara. — Se inclina un poco, cómplice—. Yo se lo he dicho a usted porque parece de fiar. Si se entera de quién ha sido, lo niego todo.

—Descuide, me llevaré el secreto a la tumba. O como mucho, se lo contaré a mis dos amigas, que tampoco es que sean muy discretas.

—Con esa cara de estar tramando algo, seguro que no.

Se aleja hacia otra mesa, dejándome con una sonrisa que no tenía hace cinco minutos y la sensación de que, aunque esté sola, esta noche está resultando de todo menos aburrida.

No es que me sienta abandonada, sería injusto decirlo así, pero sí fuera de lugar. Como cuando cambias de sitio los muebles de una habitación que conoces de memoria y de pronto necesitas un momento para volver a entender dónde reubicarte.

La queja aparece, breve e infantil. La reconozco. La dejo reposar un minuto y, cuando pierde peso, la suelto.

¡Maldita sea! Esto se nos ha ido de las manos.

Y ahí caigo en lo rápido que todo ha cambiado hoy, en cómo las cosas se van recolocando solas sin avisar, y me acuerdo de él. El chico del avión. El que compartió a mi lado ese tramo en el que no ocurrió nada especial, pero donde algo se quedó pendiente. No le di importancia entonces... y ahora me sorprende descubrir que quizá debería habérsela dado.

A mi alrededor, el restaurante sigue a lo suyo, con el mismo ritmo de antes, ajeno a las historias personales. Hay parejas que brindan por cosas que no me importan, risas llenando el espacio, y por un momento me veo desde fuera: sentada sola en una mesa en la que deberíamos estar tres.

La amistad no desaparece cuando alguien se va, solo cambia de forma. Y esta noche, mientras las veo alejarse una detrás de otra hacia sus propias historias, entiendo que esa forma nueva a veces duele un poco antes de encajar.

Le doy otro trago al Chianti, despacio, y cierro los ojos un instante. De golpe la memoria tira de mí sin avisar y me lleva a nuestra cocina, a la mesa pequeña donde nos apañábamos para caber y a las tardes eternas en las que todo era posible, porque entonces no teníamos ni idea de lo que nos iba a costar conseguirlo.

Sonríó desde el reconocimiento. Hemos cambiado, claro que sí, y aun así seguimos apoyándonos a nuestra manera.

Dejo la copa sobre la mesa y me levanto sin prisa. No necesito avisar a nadie ni justificar que salgo a tomar el aire.

El pasillo hacia la salida está en penumbra, más íntimo, casi como si alguien hubiera bajado la luz a propósito para marcar el cambio entre lo que ocurre dentro y lo que espera fuera. Apoyo la mano en la pared y siento el frío del mármol bajo la piel.

Al salir al hall, la luz es otra. Más clara y directa. Y, de repente, lo veo.

Óscar.

Apoyado en el mostrador con una sonrisa perfecta, de las que parecen formar parte del uniforme.

—Vaya —dice al verme—. Pensé que en el restaurante no os dejaban escapar tan temprano.

—Necesitaba aire —respondo, acercándome sin prisa—. Roma no se puede disfrutar sentada.

—Eso dependerá de con quién compartas la mesa.

El chico sigue con el coqueteo que empezamos antes, y ahora mismo no tengo el cuerpo para juegos.

—Ahora no. Estoy en modo contemplativo —le aclaro, con una sonrisa a medias para que entienda que no voy por el mismo camino.

Él no parece escuchar el matiz. O decide ignorarlo.

—Puedo recomendarte un par de sitios para pasear sola... o acompañada —insiste, arqueando las cejas en un gesto pícaro que empiezo a conocer—. De noche se encuentran rincones que...

No termina la frase.

Una mano aparece de la nada y le da una colleja limpia en la nuca.

—¿Pero tú qué te crees que estás haciendo?

La escena es tan inesperada que me quedo quieta, observando cómo Óscar se lleva la mano al cuello, más avergonzado que enfadado.

—¡Elena! —protesta.

La chica lo mira con una cara que es mitad «no te aguanto» y mitad «te quiero», de esas que solo salen cuando hay mucha confianza.

—¿Otra vez con lo mismo? —dice—. ¿Otra cliente?

Levanto las manos en son de paz.

—Eh... solo me estaba indicando lugares para visitar «sola» —aclaro, con énfasis en la última palabra.

Ella me analiza en un segundo y sonrío.

—Sí, claro —dice—. Lo conozco bien.

Óscar intenta intervenir.

—No es lo que parece...

—Es exactamente lo que parece —le corta ella—. Y te aviso: como sigas así, cojo el próximo vuelo y me planto en Jerez sin mirar atrás.

Parpadeo.

—¿Jerez?

Ella asiente, girándose hacia mí.

—Mi familia es de allí. Bueno, medio corazón lo tengo repartido —dice, con un encogimiento de hombros—. Y este —señala a Óscar—

no ayuda. Su familia también es de allí, pero su padre es italiano. Vino buscando sus raíces y me arrastró a mí a este calvario.

Me río. No puedo evitarlo.

—España tira mucho —le digo—. Aunque no siempre sepamos hacia dónde.

La tensión se disuelve casi sin esfuerzo. Óscar se aparta un poco, consciente de que ha perdido esta partida sin posibilidad de réplica.

—Soy Carmen —me presento.

—Elena.

Nos damos dos besos con la confianza de quien no requiere más presentaciones.

—Si necesitas recomendaciones de verdad —dice ella, con una mirada de advertencia a Óscar—, mejor pregúntame a mí.

—Lo tendré en cuenta.

Intercambiamos teléfonos de forma instintiva, como pasa en algunas conexiones que son lo que son sin pretender ser nada más.

—Escríbeme —dice—. Aunque sea para decir que Roma te ha vuelto loca.

—Eso ya me está pasando.

Nos reímos y se marchan. Tal cual, como una historia de paso que no pretende durar, pero que te deja con buen sabor de boca.

Salgo a la calle con la sensación de que hoy han pasado demasiadas cosas para digerirlas a la vez y, aunque la noche refresca, no me quita el sofocón que traigo encima.

Doy un paso, y luego otro, arrastrando todo lo que siento, hasta que me estampo contra algo sólido. Un pecho firme que me deja sin aliento.

Miro hacia arriba, todavía con la inercia del golpe recorriéndome el cuerpo.

Capítulo 10

Jerez en el corazón

Elena

Llevo toda la mañana con las manos llenas de barro y pelos de perro, tironeada por dos galgos que no se ponen de acuerdo ni para caminar en línea recta y un labrador empeñado en revolcarse en el primer charco decente que encuentra. Los caballos son mi debilidad de verdad, pero hoy me tocan perros, que buena falta les hace el paseo largo aunque después el barro me lo cobre yo, en la ropa y en la paciencia.

Los sábados, si puedo escaparme, cambio el barro de los perros por el olor a paja de la cuadra de las afueras. No tengo caballo propio, pero Franca, la dueña, me deja cepillar al suyo a cambio de echarle una mano con el pienso, y esa media hora vale más que cualquier otra cosa que haga en toda la semana. Hay algo en el ritmo de un caballo respirando cerca de ti que no se parece a nada más, aunque llevo tiempo sin encontrar la forma de explicárselo a nadie sin que suene raro.

Cuidar animales ajenos no estaba en ningún plan que yo tuviera hace unos años, pero la vida tiene ese sentido del humor tan suyo de colocarte exactamente donde no esperabas. Y tardé un tiempo en admitirlo, más del que me gustaría reconocer, pero hoy sé que esto es lo mío, lo que se me da de verdad, y no cambiaría estas manos siempre sucias de barro y pelos por ningún despacho con aire acondicionado. Paseo perros, doy de comer a gatos de vecinos que se van de viaje, y los sábados, si puedo, me escapo a la cuadra de las afueras solo para estar cerca de los caballos, aunque no tenga ninguno propio. Todavía.

A media tarde me suena el móvil. Es Óscar.

ÓSCAR:

Necesito que vengas al hotel. Urgente.

Frunzo el ceño. Con él, «urgente» puede significar desde que se ha incendiado la cocina hasta que ha visto a una clienta guapa y

necesita que alguien le recuerde que tiene pareja.

YO:

¿Urgente de verdad o urgente de que estás siendo
tú mismo otra vez?

ÓSCAR:

La segunda. Pero date prisa igual.

Me río sola, con el labrador todavía empeñado en olisquearme el bolsillo donde llevo las chuches, y le contesto que en media hora salgo. Marta, que se encarga de los gatos cuando yo ando liada con los perros, me manda un audio preguntando si puedo cubrirle mañana. Le digo que sí, porque entre nosotras nunca se dice que no.

Devuelvo al labrador a su casa, dejo al último galgo con su dueña, que sale a recogerlo en pijama y sin la menor prisa, y camino hacia el hotel con la ropa oliendo a perro mojado y la sensación de siempre: la de echar de menos algo que tiene forma de patio andaluz y olor a azahar, aunque lleve tanto tiempo aquí que Roma ya debería sentirse como en casa.

No lo siento así. Todavía no.

Llego justo a tiempo para verlo con las manos en los bolsillos, apoyado en el mostrador, dedicándole a una rubia guapísima esa sonrisa suya de «puedo solucionarte la vida o complicártela muchísimo», la misma que usó conmigo la primera vez que me vio.

Y entonces le suelta lo de los rincones «de noche».

No necesito escuchar más.

—¿Pero tú qué te crees que estás haciendo?

La colleja sale sola, sin pensarlo, con la misma naturalidad con la que aparto a un perro de una acera con cristales.

—¡Elena!

—¿Otra vez con lo mismo? —le digo, cruzándome de brazos—.
¿Otra cliente?

La rubia levanta las manos como si acabara de presenciar un atraco, y hay algo en su forma de hacerlo, entre divertida y sorprendida, que me cae bien al instante.

—Eh... solo me estaba indicando lugares para visitar «sola» —
aclara, remarcando la última palabra con una ironía que agradezco.

La miro un segundo y sonrío.

—Sí, claro. Lo conozco bien.

Óscar intenta defenderse, como siempre, y como siempre lo hace fatal.

—No es lo que parece...

—Es exactamente lo que parece —le corto—. Y te aviso: como sigas así, cojo el próximo vuelo y me planto en Jerez sin mirar atrás.

Lo digo medio en broma, medio no, porque hay días en los que la amenaza pesa más de lo que me gustaría reconocer delante de una desconocida.

La rubia pregunta por Jerez, y yo le cuento lo justo: que mi familia es de allí, que tengo el corazón repartido entre dos sitios, que Óscar tiene parte de culpa de que hoy siga aquí en vez de allí. No entro en detalles. Hay historias que no se cuentan en un mostrador de hotel a alguien que acabas de conocer, por muy simpática que parezca.

Y esta lo parece. Mucho.

Nos presentamos. Se llama Carmen. Nos damos dos besos con esa cercanía instantánea que a veces se da entre desconocidas, como si el cuerpo reconociera antes que la cabeza a quién merece la pena prestarle atención.

—Si necesitas recomendaciones de verdad —le digo, con una mirada de advertencia hacia Óscar—, mejor pregúntame a mí.

Intercambiamos teléfonos, y nos despedimos igual que dos amigas que llevan toda la vida juntas. Porque hay gente con la que uno sabe, casi desde el primer minuto, que va a volver a cruzarse.

Cuando se marcha, me quedo mirando a Óscar, que sigue con la mano en la nuca, más avergonzado que arrepentido, y pienso que buena parte de su encanto está justo ahí, en esa mezcla imposible.

—Eres incorregible —le digo, aunque ya no me sale con la misma rabia de hace un minuto.

Me agarra de las caderas y tira de mí hasta pegarme a él, con esa confianza de quien sabe exactamente cuánto tarda en desarmarme.

—Pero estoy enamorado de ti.

—Eso no te impide ser idiota.

—Un poco sí.

Suspiro, y termino riéndome, porque lo conozco demasiado bien como para seguir enfadada más de dos minutos seguidos.

Apoyo la frente contra la suya, y por un instante, con el ruido del hotel de fondo y el olor a perro que todavía no se me ha quitado de las manos, pienso que da igual cuánto eche de menos Jerez algunos días. Aquí, con él, entre bichos ajenos y clientas que llegan sin avisar, hay algo que también es un poco mi casa.

Y con eso, por ahora, me basta.

Capítulo 11

La noche decide por ti

—*Stai bene?*

Levanto la vista y, durante un instante que no sabría ni calcular, el mundo se recoloca al verlo a él.

Tardo un poco más de la cuenta en reaccionar, no esperaba cruzármelo, y menos así, chocando de frente en mitad de una ciudad que ya me tiene bastante revolucionada.

—Tú... —digo, un poco mareada por el impacto.

—El mismo —responde, con una tranquilidad que no fuerza nada—. ¿Estás bien?

Me recoloco un mechón de pelo detrás de la oreja, más por ganar un segundo que por necesidad. El destino, que está claro que sabe lo que se hace, acaba de ponerme delante la oportunidad que dejé pasar en el avión.

—Sí, sí... ha sido culpa mía. Iba...

—Distraída, de eso ya me he dado cuenta —dice entre risas, constatando lo que es obvio.

Lo miro de reojo, divertida y con ganas de llevarle la contraria, porque no estoy segura de querer darle la razón tan rápido.

—No iba... distraída.

—No —corrige—. Ibas en tu universo particular, que no es lo mismo.

Y ahí me gana un poco, aunque no se lo vaya a reconocer en voz alta.

—¿Y tus amigas? —inquieta, mirando por encima de mi hombro—. Eras tres, ¿no?

Suelto el aire de golpe, arrastrando con él todo lo que acaba de pasar en el restaurante, en el taxi y en este día que, por su cuenta, ha decidido no darme ni un respiro.

—Roma ha hecho de las suyas —le confieso—. Ha decidido que mis amigas necesitaban enamorarse hoy y ellas, sin rechistar, le han dado la razón.

Se ríe a carcajadas, y ese sonido encaja de maravilla con el momento.

—Claro. Por algo dicen que Roma es la cuna del amor.

Niego poco a poco, saboreando la discusión antes de empezarla.

—No, eso es París. No intentes cambiar lo que ya está escrito.

—París es puro postureo —replica sin dudar—. Esto *signorina* — señala con los brazos abiertos— es otra cosa.

—Ya, pero París tiene historia.

—Y Roma tiene más siglos —contraataca—. Y menos filtros.

—En París está el Sena.

—En Roma calles donde te pierdes sin querer encontrarte.

—París tiene...

—Roma te cambia aunque no quieras.

Con esa afirmación me quedo callada. Y no es porque haya ganado. Sino porque no tengo ganas de seguir discutiendo cuando, en el fondo, sé que no está hablando de ciudades. Y me irrita un poco que tenga razón sin haber tenido que esforzarse lo más mínimo.

—Vale —concedo—. Punto para Roma.

—Siempre —dice, con una seguridad que empieza a resultarme peligrosa.

Se hace un silencio cómodo, que me permito disfrutar sin decir nada más.

—¿Cuánto tiempo os quedáis? —suelta al fin, al cabo de unos segundos.

—Tres días —respondo—. Estoy aquí por un sorteo que gané.

Alza las cejas, sorprendido.

—¿En serio?

—Y tanto.

—¡La leche! Pues mañana mismo te llevo a comprar lotería.

Lo dice tan serio que me entra la risa.

—¿Para qué?

—Para comprobar si tienes una racha o solo ha sido un golpe de suerte.

Lo miro, y noto cómo algo se activa en mi interior sin poder evitarlo.

—¿Y si prefiero pensar que es cosa mía y no se puede compartir?

Se queda pensativo, acariciándose la barbilla, con los ojos entrecerrados, sin apartar la vista de mí.

—Entonces será más divertido comprobarlo.

Ahí están. Las chispas que, sin apenas hacer ruido, se sienten.

—Tres días es poco —dice casi para él.

—Ya... —respondo—. Pero es lo que hay y mucho es. Recuerda que es gratis.

Asiente, con la mirada perdida, parece intentar encajar el mapa de la ciudad en función al tiempo que le acabo de dar.

—No puedes irte sin ver la Fontana di Trevi de noche.

El nombre se queda flotando entre nosotros.

—Entonces tendré que verla. Me lo apunto —aclaro, haciendo el gesto de escribirlo en un papel ficticio—. Se lo comentaré a las chicas cuando las vea luego.

Niega con rotundidad.

—No sería lo mismo.

—¿Ah, no?

—No —responde—. Si la visitas de día es bonita. Pero de noche tiene magia.

Hay algo en la forma en que lo dice que no se ajusta a una recomendación turística.

—Me lo apunto también —respondo, manteniendo la distancia.

—¿Por qué no ahora?

La pregunta cae sin rodeos, demasiado directa para el tono en que estábamos hablando hasta hace un momento. Por pura inercia, miro alrededor, en busca de una señal que me detenga.

Y... no encuentro ninguna.

—Vale —digo tras dejar pasar un segundo.

Él no dice nada. Solo asiente, como si él mismo se hubiera quedado pillado con su propia propuesta.

Lo sigo pensando que, a este paso, Roma va a decidir por mí también.

Seguimos avanzando, dejando la cúpula de San Pedro a nuestra espalda, nos metemos por callejuelas que se van estrechando a nuestro paso, donde la luz cambia y el ruido se suaviza hasta

volverse un murmullo lejano. Roma, de noche, parece otra ciudad, más íntima, más cómplice. Ha dejado de exhibirse para empezar a insinuarse.

—Por cierto —digo, dándome cuenta de pronto—. No me has dicho tu nombre.

—No. Ni tú tampoco.

—Carmen.

Me presento como si fuera una dama de la corte real y le hago una reverencia.

—Enrico.

Actúa de la misma manera y me besa el dorso de la mano.

Nos reímos y tras una breve pausa que consigue poner en jaque mi corazón, continuamos nuestra marcha.

Él habla de forma natural, sin forzar la charla cuando nos quedamos callados, y eso me relaja mucho, porque no siento la obligación de ser la que lleva la voz cantante.

Después de una buena caminata, se detiene frente a una heladería discreta, sin luces estridentes ni carteles llamativos para turistas.

Miro el local con atención y, para ser sincera, no me convence lo más mínimo. Tiene una pinta tan normal que dudo que valga la pena.

—Aquí —indica—. Hacen el mejor *gelato* de la ciudad.

—¿Y qué pasa con los de la Plaza de España? Tenía entendido que allí se encontraban las mejores heladerías de Roma.

Hace un gesto con la mano, espantando la idea.

—Eso es para quien viene a hacerse fotos. Esto es otra cosa.

Lo miro, evaluando más su expresión de convencimiento que el local en sí.

—Confío en tu criterio, pero si luego me fallas, no te lo voy a perdonar.

—Tranquila. Lo que has probado hasta ahora no tiene nada que ver con lo que tú crees que es un *gelato*.

Pongo los ojos en blanco y asiento.

—De acuerdo.

Salimos con los helados y reemprendemos la marcha, alternando bocados y conversación. Me choca darme cuenta de que llevo un

buen tramo con la mente en blanco. Ni rastro de Lola, ni de María. Ni de lo que se está moviendo entre nosotras.

Y eso, más que preocuparme, me sorprende.

—¿Siempre haces esto? —curioso.

—¿El qué?

—Encontrarte con desconocidas y convencerlas para cruzar media ciudad a estas horas.

Se encoge de hombros.

—No siempre aceptan.

—Entonces hoy se podría decir que has tenido suerte.

—Puede.

Me mira, y algo en su rostro se suaviza, un hoyuelo pequeño que no le había notado antes se le marca en la mejilla.

¡Mierda! No me lo esperaba y algo se me remueve en el estómago, así que avanzo, porque necesito moverme. En seguida se pone a mi lado y seguimos andando un poco más, sin hablar, y lo raro es que no me resulta incómodo. Al contrario, me relaja. La conversación ha hecho su trabajo y ahora le toca al silencio ocupar su sitio.

No sé muy bien en qué punto pierdo el hilo de mis pensamientos y me descubro observando su forma de caminar, en el ritmo tranquilo con el que se mueve, en esa forma de estar presente sin resultar agobiante y, sobre todo, en lo cómoda que me siento.

Nos detenemos casi a la vez, por puro instinto, frente a una pequeña plaza que a simple vista no parece tener nada especial. Un banco de piedra junto a una fuente discreta y un par de farolas dibujando sombras suaves sobre el suelo irregular. Sin turistas ni ruido. Solo esto.

—¿Te pasa a veces? —pregunta de pronto.

—¿El qué?

—Esto —responde, con un gesto leve que nos señala a nosotros—. Sentir que estás exactamente en el lugar donde tienes que estar sin haberlo planeado.

Lo miro, y no sé si me incomoda la pregunta o la facilidad con la que podría responderle que sí. Porque estaba pensando más o menos lo mismo.

—No mucho —miento—. Suelo tenerlo todo bastante... controlado.

Asiente despacio. Como quien ya lo había intuido.

—Pero hoy no ha sido así —constata.

Niego con la cabeza, notando un vuelco al decirlo en voz alta.

—No. Hoy no.

No añade nada más y tampoco lo necesito.

Se sienta en el borde de la fuente y deja que el silencio vuelva a colocarse entre nosotros, solo que esta vez viene acompañado de una quietud que dice mucho más que antes, como si lo que no nos atrevemos a soltar estuviera ahí, flotando entre los dos.

Me acomodo a su lado, dejando un pequeño espacio entre los dos que pronto me parece absurdo, porque a pesar de que no nos tocamos, la tensión se vuelve tangible. Y por primera vez en todo el día, dejo de darle vueltas a lo que pasará después para centrarme en el ahora, porque simplemente estoy...

Y eso, en mí, no es habitual.

Capítulo 12

La Fontana di Trevi

La Fontana aparece sin aviso, al doblar una esquina, y la impresión es tan inmediata que me deja sin palabras. La he visto infinidad de veces en fotos, pero estar frente a ella en persona y ver caer el agua con tal cadencia... hace que ninguna imagen le haga justicia. Además, la piedra recoge la luz nocturna de una forma que hace desaparecer todo lo que había alrededor.

Me acerco por inercia, esquivando a la gente sin pensarlo, y entiendo que la atracción que me empuja hacia la fuente se parece demasiado a la que me arrastra hacia él.

—Joder... —me sale en un susurro que soy incapaz de controlar.

Él se queda callado, no hace ningún comentario. Solo me deja asimilar y disfrutar. Ahora entiendo lo que quería decir: «De día es bonita. Pero de noche tiene magia».

Me detengo en el borde, dejando que el sonido del agua ocupe todo lo demás, incluso lo que no quiero pensar.

—Preciosa, ¿verdad? —inquire en un susurro, bajando la voz como si el propio encanto del lugar pidiera silencio.

Asiento, sin llegar a girarme. Porque si lo hago, el momento cambiará.

Y no estoy lista para que eso pase.

—Ahora tienes que lanzar una moneda y pedir un deseo.

—¿Y qué pido?

—Eso ya depende de ti.

Saco la moneda sin pensármelo demasiado y la sostengo un instante entre los dedos, buscando en mi disco duro porque no encuentro nada concreto que pudiera pedir, algo raro en mí que siempre tengo alguna petición en la cola de salida.

La suelto sin haber decidido nada, el destino se encargará de lo que sea que tenga que venir. La observo mientras cae al agua y con un sonido leve se pierde entre el murmullo constante de la fuente.

No digo nada.

Él tampoco.

Y en mitad de este paréntesis que se ha abierto entre los dos, me asalta una duda que no me atrevo a verbalizar.

«¿Esto es por Roma... o es por él?».

Nos quedamos un instante más frente a la Fontana, sin movernos, porque girarnos podría romper algo que no tiene nombre.

Debería decir cualquier cosa para recuperar el control y volver a pisar tierra firme. Pero no lo hago, me quedo callada y él también.

Solo me observa, no de esa forma rápida que se pasa por encima, sino con una atención que no se disfraza de otra cosa, y noto cómo ese gesto me descoloca más de lo que me gustaría admitir.

—¿Sabes? Tienes una forma muy peligrosa de mirar Roma —dice al final, en voz baja.

No respondo de inmediato. Porque no sé si se refiere a la ciudad o a mí, y es justo en esa duda donde se siente todo lo que está ocurriéndonos.

Le sostengo la mirada, más de lo prudente, el tiempo suficiente para darme cuenta de que tampoco él la aparta.

Doy un paso atrás, recuperando mi propio espacio y marcando algo de distancia antes de que la inercia de la noche siga decidiendo por nosotros.

—Deberíamos volver —murmuro, aunque mi voz no suena demasiado convencida.

¿Todavía no tienes ningún título en mente? No pasa nada.

Busca **Inepub** en Google y explora un rato.

Asiente, sabe leer entre líneas y entiende exactamente lo que estoy callando.

Y aun así, cuando empezamos a caminar, ninguno de los dos se apresura.

Dejamos atrás el rumor de la Fontana y caminamos uno al lado del otro, sin necesidad de llenar el espacio, permitiendo que el entorno se encargue del resto.

No hablamos de lo que hemos visto, ni de lo que hemos pedido al lanzar la moneda, ni de lo que este momento significa fuera de aquí. A veces, poner etiquetas a las cosas antes de tiempo solo sirve para que pierdan parte de lo que son.

Cuando llegamos a la entrada del hotel, ralentizamos el ritmo de forma instintiva. Tengo el presentimiento de que esta no va a ser una despedida al uso, porque no tenemos la seguridad de que se vaya a repetir. Estamos en un punto intermedio donde todo es posible y nada está asegurado.

Me giro hacia él con la sensación de que debería decir algo que esté a la altura del momento, pero no encuentro ninguna frase que no suene falsa.

Parece que a él le sucede lo mismo porque tampoco dice nada. Se limita a mirarme, con calma, regalándome un segundo más de su tiempo.

Podría dejarlo aquí, despedirme con una frase de cortesía y subir a la habitación, dejando el recuerdo de esta noche tal cual está. Sin embargo, no quiero que acabe. Así que sin pensarlo mucho, alargo la mano y le rozo la muñeca. Es un toque mínimo que he deseado hacer cada vez que lo sentía a mi lado, un leve contacto suficiente para que el ambiente cambie por completo, para volverlo más nuestro, más cercano.

Él baja la mirada hacia ese gesto, y cuando vuelve a levantarla ninguno de los dos estamos en el mismo lugar.

Doy un paso adelante que apenas se nota, pero que acorta el espacio. Sin palabras lo invito a que sea él quien termine de romper la distancia.

Él se acerca lo justo para que el momento sea definitivo. Y vaya si lo es.

El beso, que llevo esperando toda la noche, llega sin aviso. Suave al principio, casi una pregunta, y luego más firme. Sus labios presionan los míos y lo siento en el estómago, en las manos, en ese punto exacto del pecho donde se instalan las cosas que importan, confirmando lo que ya estaba ahí desde antes de que nos tocáramos.

Cuando se separa, se mantiene a escasos centímetros, dejando que nuestra respiración se mezcle en una atmósfera mucho más

cargada.

Me quedo sin palabras, con la mente en blanco, disfrutando de la excitación y de su calor.

Él parece estar haciendo lo mismo, porque se pasa la lengua por los labios con una mirada que no necesita explicación.

—Buenas noches, Carmen —murmura al final, con un tono tan ronco que me deja clavada en el sitio.

Asiento, perdiéndome en él durante unos segundos más, alargando este perfecto instante.

—Buenas noches, Enrico.

Me cuesta moverme, separarme y no dar un paso más en esto que se ha estado gestando. Siento la duda taladrarme el cerebro, una resistencia que no tiene que ver con él sino conmigo. Con lo que esto significa o podría significar fuera de esta noche y esta ciudad.

Doy un paso hacia la puerta, luego otro, y cuando ya tengo la mano en el tirador algo me empuja a volverme, por el impulso tonto de comprobar que sigue ahí.

Pero ya no está.

Busco su silueta en el sitio donde debería estar y solo encuentro el hueco que ha dejado. No sé muy bien qué esperaba, y me sorprende no sentir la decepción de siempre, esa que aparece en cuanto algo bonito se acaba.

Esbozo una pequeña sonrisa y entro.

Esta noche he dejado de controlar. Y, por una vez, no me arrepiento.

Capítulo 13

La columna que nadie preguntó

María

—¿Sabías que esa fuente de ahí no es romana de verdad? —dice Enzo, señalando con la barbilla algo que no llego a ver del todo, con la misma soltura de quien lleva toda la vida contando lo mismo y aun así sigue disfrutándolo—. La reconstruyeron en el siglo diecinueve. Casi nadie lo sabe, y los que lo saben no lo dicen, porque arruina la foto.

Y ahí estoy yo, sentada en el asiento delantero de su taxi, escuchándolo como si no llevara doce años haciendo exactamente lo mismo que él acaba de hacer, solo que con turistas alemanes en un centro histórico a ocho mil kilómetros de aquí.

Es lo más raro del mundo, y a la vez lo más agradable: que alguien me cuente una ciudad sin que yo tenga que sonreír, señalar con el brazo en alto y comprobar de reojo que el grupo no se ha quedado atrás fotografiando una paloma.

Y lo peor es que le escucho. Vaya si le escucho.

—La pareja alemana ya está resuelta —anuncia Enzo, guardándose el móvil en el bolsillo de la camisa con esa parsimonia suya que a mí, que llevo el día contando los minutos como quien cuenta ovejas, me pone de los nervios de la manera más agradable posible—. Se han apuntado a un tour por libre. Sobrevivirán.

—¿Y ahora qué? ¿Me devuelves al hotel?

—¿Tienes prisa?

No la tengo. Y es justo eso lo que me incomoda.

Porque yo, profesionalmente, soy la que lleva el ritmo. La que decide cuándo se para el grupo, cuándo se sigue, cuándo hay tiempo para fotos y cuándo no. Y aquí, lejos de mi terreno, sin grupo que controlar ni horario que cumplir, dejo que sea otro el que marque el paso por primera vez en mucho tiempo.

Enzo aparca en una calle que no reconozco, y salimos sin que ninguno de los dos diga adónde vamos.

Caminamos. Al principio hablamos de todo y de nada, del tráfico, de un cliente insoportable que él tuvo la semana pasada, de si Roma es mejor de día o de noche —tema que, por lo visto, todo el mundo en esta ciudad tiene una opinión firmísima al respecto—. Y entonces nos plantamos delante de una columna. Una columna cualquiera, de esas que yo misma señalaría a un grupo de veinte personas con el brazo en alto y la sonrisa profesional puesta.

Me coge la mano.

Sin previo aviso, sin ceremonia, como quien hace lo más normal del mundo.

—¿Y esto? —pregunto, sin soltarme, que conste.

—Esto —dice, señalando la columna con la mano libre— es que no me has contado nada. Ni si es corintia, ni jónica, ni dórica. Y a mí me interesa mucho saberlo.

Me quedo mirándolo, esperando la broma, el guiño, algo que confirme que está de coña. No llega.

—¿Me estás pidiendo una clase de arquitectura clásica en mitad de una cita?

—¿Es una cita?

—No lo sé. ¿Lo es?

—Depende de si me cuentas lo de la columna.

Suelto una carcajada que me sale de dentro, sin permiso, y durante un segundo dejo de pensar en si esto es o no una cita para explicarle, con el mismo entusiasmo que uso con los turistas que pagan por escucharme, la diferencia entre los tres órdenes clásicos. Él escucha con una atención que ningún cliente me ha dedicado jamás, ni siquiera los que fingen interés por educación.

—Jónica —concluyo—. Por los volutas del capitel.

—Sabía que ibas a saberlo.

—Es mi trabajo.

—Ya. Pero también sabía que ibas a disfrutarlo. Eso no es trabajo.

Y ahí me pilla. Porque tiene razón, y no me gusta que me la tenga tan rápido.

Seguimos caminando, y en algún momento entre una plaza y la siguiente dejo de fijarme en los monumentos y empiezo a fijarme en él: en cómo camina sin prisa, en cómo pregunta cosas que nadie me

pregunta nunca porque todo el mundo asume que la guía ya lo sabe todo y no necesita que le pregunten nada a ella.

—¿Y tú qué? —le digo, casi sin darme cuenta de que llevo media hora siendo la única que habla—. ¿Siempre recoges a turistas perdidos, les enseñas columnas y luego desapareces de sus vidas?

—Solo cuando merece la pena.

—Qué respuesta más peligrosa.

—Lo sé. La tengo ensayada.

Me río otra vez, y esta vez ni siquiera intento disimular que me está gustando.

Acabamos en su piso, un tercero sin ascensor con vistas a un patio interior lleno de ropa tendida de los vecinos, sin que en ningún momento del trayecto ninguno de los dos haya dicho en voz alta que íbamos hacia allí. Simplemente pasó, como pasan las cosas que en el fondo llevas queriendo desde la primera columna.

—No tengo casi nada en la nevera —advierde, abriendo la puerta.

—No he venido por la nevera.

—Menos mal.

No necesita decir nada más. Se acerca despacio, me aparta el pelo de la cara con un gesto que en cualquier otro contexto sería casi torpe y aquí resulta exactamente lo contrario, y cuando por fin me besa entiendo que llevaba toda la tarde esperando esto sin querer reconocerlo, ni ante él ni ante mí misma.

Lo que viene después no lo voy a contar aquí. Ya se lo contaré a las chicas, con más vino y menos pudor.

Lo que sí puedo decir es que en algún momento de la noche, con su brazo cruzado sobre mi cintura y la respiración ya acompasada del sueño, me quedo mirando el techo, despierta, haciendo lo que siempre hago cuando algo empieza a importar de verdad.

Calcular la salida.

No porque quiera irme. Sino porque es lo único que sé hacer bien cuando algo deja de sentirse como un rato agradable y empieza a sentirse como otra cosa.

Enzo se remueve en sueños y me busca sin despertarse, como si su cuerpo ya hubiera aprendido en una sola noche a no dejarme escapar tan fácil.

Y yo me quedo quieta, dejándole ganar esta vez.

Aunque solo sea porque estoy demasiado a gusto para moverme.

Capítulo 14

Todo encaja

Entro en la habitación con el aire de Roma pegado a la piel y una sensación difícil de explicar que, aunque no es felicidad, se le parece lo suficiente como para confundirla.

Cuelgo la chaqueta en la percha con un cuidado absurdo, en un intento de poner orden en la ropa ya que en mi cabeza, de momento, es imposible.

El móvil vibra en el bolso, todavía tirado sobre la cama. Lo cojo casi por acto reflejo y frunzo el ceño al ver el nombre en la pantalla.

Sergio.

«Carmen, llevo días sin saber de ti. ¿Todo bien? Deberíamos hablar de lo nuestro».

Leo el mensaje dos veces, no porque me haga dudar, sino por la increíble facilidad que tiene este hombre para aparecer siempre en el peor momento posible.

—Ni de coña vas a estropearme esto —murmuro, y borro la conversación entera sin darle más vueltas, con una sonrisa que él jamás sabrá que le he dedicado.

Dejo el móvil boca abajo sobre la mesilla, como quien cierra una puerta que ya ni siquiera necesita llave.

Me quedo con la mirada perdida y pienso en la cadencia del agua de la Fontana y en la sensación de que todo parece más sencillo de lo que en realidad es.

Se me escapa una sonrisa sin darme cuenta, y con ella él regresa a mi mente.

La forma en que me ha mirado cuando ya no quedaba nada que discutir, el silencio compartido antes de separarnos, el beso en la puerta del hotel, corto, contenido, y a la vez con una carga extraña que todavía me palpita en el pecho, como si alguien hubiera rozado una fibra que llevaba tiempo sin que nadie tocara.

Me toco los labios distraída, tomo aire y trato de aterrizar en el presente.

—Vale, Carmen... céntrate —me digo en voz baja.

De pronto la puerta se abre y manda al traste cualquier esfuerzo de orden.

—¡Ay, canija! —Lola irrumpe oliendo a comida, a vino, y a una noche que se le ha escapado en un visto y no visto—. Creo que me he enamorado, te lo digo en serio. Ese hombre es único. Un auténtico dios entre los fogones, te lo juro. No es normal lo que hace con... las manos.

Suelta el bolso de cualquier manera, atraviesa la habitación y se mete en el cuarto de baño, desde donde sigue con su monólogo a gritos.

—No, no, no... esto no es cocinar. Que va, cocinar es lo de menos. Es que te mira y ya estás perdida, Carmen, perdida del todo.

Sale del baño con el pelo revuelto y una intensidad en los ojos, entre agotada y eufórica, que nunca le había visto.

Antes de que pueda responderle, la puerta se abre de nuevo.

—¡Chicas! —María entra riéndose, fiel a su forma natural de llegar a los sitios—. A ver... necesito aire, una copa de vino y desahogarme. No sé muy bien en qué orden, pero lo necesito ya.

Abandona su bandolera sobre la mesa y se queda de pie un segundo, como si todavía estuviera asimilando dónde ha pasado las últimas horas.

—El taxista es un dios —dice, directa.

Lola se da la vuelta lentamente.

—¡Ala! Otro dios más —añado divertida.

—Será que Roma los fabrica en serie.

—Pues debe de ser cierto —asegura María convencida—. Pero estoy segura de que el mío ha subido de nivel porque no es terrenal.

Me apoyo en el cabecero y me cruzo de brazos.

—Chicas, la situación se nos está yendo de las manos.

Y ese es el detonante.

Las tres estallamos en una carcajada desordenada. Roma ha abierto una brecha que ya no hay forma de cerrar.

—De acuerdo. Frenad un poco —digo al final, levantando una mano—. Vamos por partes, que si no esto va a parecer una competición olímpica de galanes romanos.

María se deja caer sobre el colchón de forma exagerada.

—Empieza Lola, que ha llegado la primera.

Lola asiente y se sienta en el borde de la cama con una serenidad que mucho me temo no va a encajar del todo con la historia que nos va a contar.

—Vale... —arranca, y solo con su tono ya le noto que no tiene ninguna intención de ahorrarse los detalles.

Respira hondo y cuando vuelve a hablar, baja el ritmo. No parece que le dé apuro, es que está claro que quiere revivir cada momento.

—Al principio ha sido muy correcto. Demasiado. Me ha dado la impresión de que me explicaba cada detalle como si estuviera leyendo un manual. Así con todos los platos. Pero luego... —hace una pausa, buscando la disposición de las palabras— la cosa dio un giro. Y la verdad es que ni siquiera sé en qué momento pasó.

María se inclina hacia delante, en modo cotilla. Yo no digo nada, muerta de curiosidad.

—Empezó con una mano en la espalda, sin intención aparente. Una mirada que se alargó más de lo normal. Un pretexto para rozarme al pasar... y, en cuanto terminó el servicio, perdimos el control.

—Vaya... —suelto, sin poder cerrar la boca.

—Pues sí, Carmencita, eso digo yo, porque acabamos en el vestuario.

—Vaya... —repite mi otra amiga, igual de atónita.

—Tal cual. Y lo mejor es que no sé quién tiró de quién. Supongo que los dos queríamos lo mismo.

El silencio no cae, se queda flotando, formando una burbuja sexi entre nosotras.

—¿Y... ya? —inquieta María arqueando una ceja.

—Y ya —concluye Lola, cerrando un tema que claramente tiene mucha más tela que contar.

—Bueno... a ver. —Se muerde el labio con picardía—. Olía a especias y a madera caliente. Sus manos se notaban ásperas de cocinar, pero las movía... ¡Joder, cómo las movía! Con una precisión y una prudencia que para nada me esperaba.

—¡Por Dios! —se me escapa y ella se ríe.

—El mundo se quedó fuera. Os juro que nunca me he sentido tan cuidada ni tan deseada. Me cuesta explicarlo sin que suene

exagerado, pero fue justo eso. Me miraba como si yo fuera lo único que importara.

Hace una pausa breve, deleitándose con el recuerdo. Un paréntesis en el que María y yo dejamos salir un suspiro cargado de anhelo.

—¡Uff! He descubierto posturas que ni siquiera sabía que eran físicamente posibles. Ha sido una experiencia tan increíble que todavía me cuesta creer que haya pasado de verdad.

—Me alegro muchísimo por ti, Lolilla. Te mereces eso y más —intervengo, porque sé lo que viene ahora.

—Ya sabéis que para mi marido yo solo era un desahogo nocturno y... —deja la frase en el aire—. Bueno, qué más da. No es el tema. Ese malnacido no merece ser nombrado en Roma.

Reímos otra vez, más suaves.

Lola levanta las manos.

—Tampoco voy a entrar en detalles. Pero me he sentido como una diosa.

María se gira hacia mí y apoya la barbilla en la mano.

—Vale, esto ya es mitología aplicada.

Me encojo de hombros, divertida.

—Es que Roma viene fuerte.

—Ahora tú, María. Ese taxista tuyo tiene pinta de ser...

Ella se tapa la boca para aguantar la carcajada.

—El mío fue más comedido —empieza—. Pero no por falta de intención. Nos plantamos delante de una columna cualquiera, en mitad de una plaza, y el tío me coge la mano y me suelta, todo serio, que aún no le he contado nada de ella. ¡Yo qué sé de columnas, oye! Que si es dórica, jónica o yo qué sé.

Me muerdo el labio para no reírme, porque sé perfectamente que María se sabe la diferencia entre los tres órdenes clásicos mejor que la mitad de los arquitectos de esta ciudad, y aun así aquí está, delante de nosotras, fingiendo que no tiene ni idea, como si necesitara guardarse ese trocito de la noche solo para ella.

—Ya, claro, «yo qué sé» —repite Lola, con retintín, sin creérselo del todo.

—¡Es verdad! —protesta María, aunque la sonrisa la delata—. Bueno, el caso es que entre eso, las miradas y el ambiente...

acabamos en su casa. Os prometo que no entraba en mis planes — se apresura a aclarar—. Al menos no iba con esa idea... pero cuando me dijo que nuestro tiempo en Roma se agotaba y que no estaba dispuesto a perder ni un segundo más sin descubrir a qué sabía estar conmigo, me derretí.

Lola abre la boca, sorprendida.

—María...

—Que sí, lo sé, de verdad —interrumpe ella, levantando una mano—. Soy consciente. Aunque, ¿qué queréis que os diga? El chico tiene razón, apenas nos quedan un par de días. —Se encoge de hombros, riéndose sola—. El caso es que le sacamos partido a cada rincón: en el sofá, en el baño, en su cama... al final perdí la cuenta.

Nos quedamos en silencio, procesando la información hasta que la risa estalla de nuevo, invadiendo la habitación.

—Sois un peligro público, las dos —digo, negando con la cabeza, aunque no puedo disimular que me muero de ganas de estar en su lugar—. Un peligro público y con muy buen gusto, hay que reconocerlo.

—Mira quién habla —suelta Lola, señalándome con la copa imaginaria de una mano que no tiene copa—. Que tú tampoco has vuelto precisamente rezando el rosario.

—Yo no he dicho nada.

—Por eso mismo —remata María, entornando los ojos—. El silencio es lo más sospechoso que hay.

Entonces, sus miradas convergen en la mía, mostrándose en una pregunta muda y directa.

Me quedo un instante callada, notando el peso de la curiosidad y la presión de una confesión que no me atrevo a soltar.

—La Fontana di Trevi está preciosa de noche —digo.

Me encojo de hombros, restándole importancia. Y la risa vuelve. Más tranquila. Más nuestra.

Me dejo caer hacia atrás en la cama, y ellas se dejan caer a mi lado, una a cada costado, como llevamos haciendo desde que teníamos edad para caber las tres en una sola cama sin que nadie se quejara del espacio.

—¿Sabéis qué? —dice Lola, con la vista clavada en el techo—. Llevaba meses sin sentirme así de bien con vosotras. Y mira que hoy ha sido un día raro de narices.

—Raro bueno —matiza María.

—Rarísimo bueno —confirмо yo.

Nos quedamos las tres calladas un momento, escuchando el rumor lejano de Roma a través de la ventana, y por primera vez en mucho tiempo ese silencio no pesa ni incomoda, solo se siente como algo nuestro, ganado a base de tantos años aguantándonos.

Solo me apetece disfrutar de este momento con ellas, aferrándome a una sensación que, al menos por hoy, no tengo ninguna intención de analizar.

Capítulo 15

Un sueño inexplicable

La habitación tiene una calma rara que me inquieta. Roma sigue ahí fuera, con ese murmullo constante que no termina de apagarse ni de madrugada. Hace apenas unas horas, éramos puro ruido, risas, cuerpos entrando y saliendo, palabras atropelladas que no encontraban orden. Ahora todo parece colocado de otra manera, igual que el agua cuando se aquieta y deja ver lo que antes estaba suspendido sin forma.

Estoy sentada en el borde de la cama, observando sin intervenir ese pequeño caos que hemos dejado atrás y que flota en el aire, en la ropa tirada sobre la silla, en los zapatos abandonados sin cuidado, en un rastro de perfume y vino difícil de precisar, pero que tiene que ver con todo lo vivido esta noche entre nosotras y fuera de nosotras.

Lola es la primera en romper ese equilibrio frágil, aunque no lo hace con la energía con la que ha entrado antes, sino con un gesto mucho más pequeño, casi imperceptible: se deja caer sobre la cama sin desvestirse del todo, con la mirada perdida en el techo, buscando una respuesta que no está ahí arriba.

—No sé qué me pasa —dice al cabo de un momento, más en un susurro que otra cosa.

No la miro de inmediato. Prefiero dejar que el silencio haga su trabajo, que no se sienta obligada a llenar el espacio con algo más grande de lo que realmente quiere decir. María tampoco interviene; está sentada en el suelo, apoyada contra la cama, con el móvil entre las manos sin mirarlo, girándolo despacio entre los dedos.

—O sí —añade Lola, girando la cabeza hacia nosotras con una media sonrisa que no termina de sostenerse—. Sí sé lo que me pasa... y eso es casi peor.

Levanto la vista. No pregunto nada, solo espero. Cuando Lola se permite ese tipo de pausa es porque lo que viene después no tiene nada que ver con la broma fácil ni con la exageración que usa para protegerse.

—No quiero volver —dice entonces, sin rodeos, sin adornos, y en esa frase cabe todo lo que no ha dicho hasta ahora—. No quiero volver a mi casa, ni a mi cocina, ni a mi vida de siempre... no quiero volver a sentirme como me sentía antes de entrar en esa cocina esta noche.

El nombre del chef no aparece, y no necesita decirlo. Está implícito en cada palabra, en cada gesto contenido, en la forma en que Lola se incorpora sobre los codos con firmeza mientras habla, como quien por fin encuentra el pulso para decir algo que lleva tiempo callado.

—No ha sido solo el sexo —continúa, de frente, con una sinceridad que desarma más que cualquier detalle explícito—. Que sí, que ha sido... —se le escapa una risa breve, incrédula—, ha sido una locura, no voy a fingir lo contrario, pero no es eso lo que me tiene así.

Se queda un segundo buscando las palabras, por una vez sin que le importe no encontrarlas a la primera.

—Es cómo me ha mirado —dice al final—. Es que me ha visto, ¿sabéis? No como cocinera ni como mujer casada... nada de eso. Me ha mirado con la certeza de que yo ya era suficiente, de que todo lo que soy estaba bien tal cual, sin nada que demostrar, y no me acordaba de lo que era eso.

La habitación se queda quieta alrededor de esa confesión, como si el aire entendiera que no hay que interrumpir algo así.

—En mi casa... —añade, y ahí sí aparece la grieta—, en mi casa hace tiempo que dejamos de tocarnos de verdad. Y cuando digo tocarnos no hablo solo de lo físico, que también, porque al final es siempre lo mismo, la misma postura, la luz apagada, buscando terminar cuanto antes para no incomodar. El deseo convertido en una molestia que hay que gestionar en lugar de algo que se pueda disfrutar.

María deja de mover el móvil. Yo bajo la mirada un instante, no por incomodidad, sino porque hay algo en lo que dice Lola que se queda más tiempo del que debería.

—Hoy no —continúa ella, con la voz más firme—. Hoy no había prisa, no había rutina, no había nada de eso. Había... —se queda a

medias, buscando una palabra que encaje—, había intención. Y yo estaba en el centro de esa intención. Y me sentí importante.

Se deja caer de nuevo sobre la cama, exhalando un largo suspiro, dejando escapar parte del peso que cargaba.

—Y ahora tengo que volver a una vida donde no soy eso —murmura—. ¿Cómo coño hago eso?

No hay respuesta, y tampoco la espera. No se trata de solucionar nada, sino de ponerlo sobre la mesa, de mirarlo de frente sin disfrazarlo.

María es la que se mueve después, no con la intensidad de Lola, sino con una especie de ligereza que intenta mantener, aunque se le cuela algo más profundo entre frase y frase.

—Pues yo voy a hacer lo contrario —dice, echando la cabeza hacia atrás contra la cama—. Yo no pienso volver a pensar demasiado.

La miro, y ya sé que no va a ser tan sencillo como lo plantea.

—Mi taxista... —empieza, con una sonrisa que no es la misma de antes—, bueno, ya sabéis cómo ha ido eso. Ha sido más comedido, más... —busca la palabra—, más listo, quizá. No ha ido directo. Ha ido acercándose poco a poco, tocando cuando tenía que tocar, mirando cuando sabía que tenía que mirar, y yo... —se ríe por lo bajo—, yo estaba en mi cabeza, en mis cosas, en todo lo que siempre me distrae cuando la cosa empieza a ponerse interesante.

Se gira hacia nosotras con el codo apoyado en el suelo.

—Y de pronto me coge la mano —continúa—, así, sin avisar, y me dice que no le he contado nada de una columna por la que hemos pasado, que los turistas se habían quedado sin saber los detalles... y me entra la risa, pero no porque sea gracioso, sino porque me está sacando de donde estaba sin pedirme permiso.

Lola sonríe apenas. Yo también.

—Y al final... —María se encoge de hombros—, al final me ha convencido. Me ha dicho que solo teníamos dos noches para amarnos... y yo he pensado que estaba loco, que nadie dice esas cosas en serio... pero luego...

Se queda en silencio, y no hace falta que termine la frase para entenderla.

—Pero luego lo ha demostrado. Y yo... —niega con la cabeza—, yo no me reconocía. No por lo que hacía, sino por lo que sentía, sin pensar en el después.

El móvil vibra a su lado. Lo mira pero no lo coge.

—Está ahí —dice, señalándolo con la barbilla—. Y sé que si contesto, todo sigue. Y si no contesto... también.

Ahí aparece lo que estaba escondido.

—Siempre hago lo mismo —continúa, más bajo—. Llego hasta aquí... y me voy antes de que pase algo de verdad.

Lola la mira. Yo también. No hay juicio, solo reconocimiento.

—Y no sé si esta vez quiero irme —termina, dejando la frase en el aire.

El silencio que sigue no pesa. Se coloca entre nosotras sin necesidad de llenarlo.

Las observo a las dos, y es entonces cuando Enrico aparece sin que lo llame, colándose en mis pensamientos con una claridad que no había tenido hasta ahora, no como recuerdo, sino como posibilidad.

Lo veo apoyado en la fuente, mirándome sin urgencia, sin pedir nada que no estuviera dispuesta a dar, y siento de nuevo esa mezcla que no termino de nombrar, esa calma y ese vértigo juntos, una combinación que no había sentido antes con nadie.

Me pregunto si Roma está jugando con nosotras, colocándonos en escenarios que no nos pertenecen... o si por una vez somos nosotras las que estamos dejando de resistirnos.

No digo nada.

Me dejo caer junto a Lola, con la vista en el techo y la presencia de María a mis pies, las tres dentro de un mismo espacio que ya no es el mismo que esta mañana, porque nosotras tampoco lo somos.

No sé qué va a pasar cuando volvamos, ni si algo de esto sobrevivirá fuera de aquí, ni si quiero planteármelo ahora. Pero hay una cosa que sí tengo clara, y es que esta noche no va solo de lo que hemos hecho, sino de lo que hemos dejado de ser durante unas horas.

Y eso... eso no se deshace tan fácil.

Roma no nos ha cambiado.

Nos ha quitado el ruido suficiente para escucharnos.

Y ahora que lo hemos hecho, ya no hay manera de volver atrás sin saberlo.

Capítulo 16

Un día para nosotras

Me despierto antes de que suene ninguna alarma, con un batiburrillo mental que apenas me ha dejado dormir. La luz entra a través de la cortina, suave, casi tímida, y durante unos segundos no sé muy bien dónde estoy. Me quedo quieta mirando un techo que no es el mío.

Y todo vuelve a su sitio en cuanto reconozco el ruido lejano de Roma tras la ventana. Las chicas. Enrico...

Me incorporo despacio, sin hacer ruido, y las observo. Lola duerme boca abajo con un brazo colgando fuera de la cama, rendida del todo. María está de lado, abrazando la almohada con una calma que no le reconozco, la de quien por fin ha soltado un peso que llevaba demasiado tiempo cargando sin nombrarlo.

Y ahí, en ese instante, lo noto. No es nostalgia, ni tristeza tampoco. Es más bien la sensación de estar mirando algo que llevaba tiempo sin ver: a mis dos amigas, tranquilas, sin prisa, sin el móvil pegado a la mano.

—Oye... —digo en voz baja, sin saber muy bien por qué rompo el silencio.

María abre los ojos despacio y tarda un segundo en ubicarse. Lola necesita un poco más, pero cuando vuelve lo hace de golpe, con el pelo revuelto y la mirada perdida entre el sueño y la realidad.

—¿Qué hora es? —murmura.

—Pronto —respondo.

Se hace un silencio breve, de esos que no incomodan pero tampoco pasan desapercibidos. Nos miramos. Y en ese cruce hay algo distinto, algo que no sé si es nuevo o si siempre ha estado ahí y no le habíamos prestado atención.

—Ayer... —empieza María, pero no termina.

Ya sé a qué se refiere.

—Ayer estuvo bien, requetebién —dice Lola, estirándose sin disimulo.

Asiento, aunque lo que tengo en la cabeza no es exactamente eso.

—No me refiero a eso —digo, con la espalda apoyada en el cabecero—. Me refiero a nosotras.

Las dos me miran ahora con más atención.

—Hace tiempo que no estamos así —añado, sin dramatizar, pero sin esquivarlo—. Las tres juntas disfrutando de... nosotras.

Lola baja la mirada un segundo.

—Ya... —admite—. Tienes razón, hace bastante.

María suspira, apoyando la cabeza en la almohada.

—Supongo que nos hemos liado cada una con lo suyo.

—Sí —respondo—. Pero no es solo eso.

No sigo. Ellas lo entienden. Porque no es una cuestión de agendas, ni de tiempo, ni siquiera de prioridades. Es otra cosa. Más difícil de señalar sin romperlo.

—Yo también lo he notado —dice Lola—. Y no me gusta. Antes éramos más...

María gira la cabeza hacia nosotras.

—Pues ya está —dice, con esa facilidad suya para resolver lo que otras complicamos—. Hoy es nuestro día.

—¿Nuestro día? —repito.

—Nuestro día —insiste, incorporándose—. Sin móviles. Sin planes. Sin... nada.

Lola arquea una ceja.

—¿Sin hombres también?

María sonríe.

—Sobre todo sin hombres.

Se me escapa una risa, porque hay una lógica muy nuestra en esa decisión, la de siempre, la de resolver las cosas sin darle demasiadas vueltas.

—Vale —digo—. Me gusta.

—Pues ya estaría —remata María—. Nos duchamos, bajamos y salimos. Y que Roma haga el resto.

Salir a la calle sin el móvil es más raro de lo que debería.

Lo noto en el gesto automático de buscarlo, en la inercia de comprobar la hora, en esa necesidad absurda de tenerlo cerca aunque no lo vaya a usar. Pero cuando lo he dejado encima de la mesilla y he cerrado la puerta, algo en mi cabeza ha cambiado.

No sé si es libertad.

Pero se le parece bastante.

Roma nos recibe sin prisa, con ese aire suyo de historia y ruido, belleza y caos, todo conviviendo en el mismo plano sin necesidad de ordenarse. Caminamos sin rumbo, por calles que no conocemos, riéndonos más de lo necesario, hablando por encima unas de otras como si tuviéramos que recuperar de golpe todo lo que no nos hemos dicho en meses.

Pasamos por delante de una tienda de souvenirs y Lola frena en seco.

—Esperad.

Entra sin explicarse. Sale dos minutos después con una cámara *Instax* en la mano, de las que imprimen la foto al momento.

—¿En serio? —dice María.

—En serio —confirma Lola—. Sin filtros. Sin retoques. Sin poder borrarla si sale mal.

—¿Eso es una amenaza? —respondo entre risas.

—Es un documento histórico —corrige, apuntando ya hacia nosotras.

—Foto —dice de repente, parándose en mitad de la plaza—. Quietas.

—¿Otra? —inquieta María con un mohín—. Llevas como... unas diez ya.

—Y pienso hacer unas veinte más.

Nos colocamos sin pensar, exagerando poses, poniendo caras imposibles, riéndonos antes de que la foto siquiera exista. Un chico que pasa se ofrece a hacérnosla a las tres y Lola se la tiende con solemnidad. El aparato escupe la foto al instante, ese rectángulo blanco que va apareciendo despacio, con esa lentitud de revelado que a las tres nos deja en vilo un segundo de más.

Miramos el resultado las tres a la vez.

—Salgo fatal —protesta Lola.

—Siempre dices lo mismo —le contesto.

—Porque siempre es verdad.

—No es verdad —dice María—. Lo que pasa es que no sabes verte.

Lola la mira.

—Vaya profundidad para las diez de la mañana.

María coge la foto y la guarda en el bolsillo con cuidado.

—Para la posteridad.

Seguimos caminando, parándonos en escaparates, entrando en sitios sin saber muy bien por qué, probándonos cosas que no necesitamos, comentándolo todo. Hay momentos en los que el tiempo parece aflojar, en los que no hay prisa por llegar a ningún sitio.

Al doblar hacia una plaza más grande, nos topamos de frente con un grupo de turistas apiñados alrededor de una guía que sostiene un paraguas verde cerrado como si fuera un cetro. Habla en español, con acento sudamericano, señalando una fachada con gesto teatral.

—Y aquí, como veis, tenemos uno de los ejemplos más puros del barroco romano, construido íntegramente en el siglo diecisiete...

María se para en seco, con la misma cara que pone Lola cuando algo no está bien emplatado.

—Eso es del siglo dieciséis —murmura, sin dirigirse a nadie en particular—. Y no es barroco puro, es manierista tardío. Se nota en las proporciones de la fachada.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto, aunque ya me imagino la respuesta.

¿Todavía no tienes ningún título en mente? No pasa nada.

Busca **Inepub** en Google y explora un rato.

—Porque es mi trabajo saberlo —responde, sin apartar los ojos del edificio, con un deje de indignación tan sincero que me hace gracia—. No puedo evitarlo, es más fuerte que yo. Es como escuchar a alguien cantar desafinado en un karaoke: técnicamente no es mi problema, pero me duele.

—Pues a callar, porque no vamos a montar un directo aquí en mitad de la plaza —le advierte Lola, tirando de su brazo para alejarla del grupo.

—¡Si no voy a decir nada! —protesta María, dejándose arrastrar —. Solo lo pienso muy fuerte.

—Con esa cara, lo piensas a gritos.

Nos alejamos entre risas, con María todavía murmurando fechas y estilos por lo bajo, como quien no puede apagar del todo un interruptor que lleva encendido media vida, y a mí me da la sensación de que, aunque proteste, no hay nada en el mundo que le apetezca más ahora mismo que seguir esa corrección hasta el final.

En una calle estrecha del *Trastevere*, Lola se para delante de una carnicería y se queda mirando el escaparate con la misma atención que le dedicó anoche al menú degustación.

—¿Qué miras? —le pregunto.

—Cómo han cortado la panceta.

María y yo nos miramos.

—Lola —dice María—. Estamos de vacaciones.

—Ya lo sé —responde, sin apartar los ojos—. Pero ese corte está mal.

Entramos sin que nadie lo decida del todo. El carnicero, un hombre de unos sesenta años con mandil blanco y cara de pocos amigos, levanta la vista y nos evalúa en un segundo. Lola señala la pieza del escaparate y empieza a hablar en un italiano mezclado con gestos que, sorprendentemente, funciona. El hombre frunce el ceño, responde algo, Lola replica, él vuelve a fruncir el ceño y entonces, de la nada, suelta una carcajada y le tiende la mano.

Salimos cinco minutos después con medio kilo de panceta que no teníamos previsto comprar y la tarjeta del carnicero.

—¿Para qué quieres su tarjeta? —pregunta María.

—Por si vuelvo —responde Lola, guardándola en el bolso sin darle más importancia.

Me río tanto que tengo que apoyarme en la pared.

—¿En qué piensas? —me pregunta María en un momento en el que me quedo un poco atrás.

—En nada —respondo, sonriendo.

Y no es mentira del todo.

Porque lo que estoy pensando no es algo concreto, es más bien la sensación de estar viendo por primera vez algo que ya estaba antes y que yo no quería mirar de frente.

Seguimos, dejando que el día se construya solo, sin estructura, sin objetivos.

Comemos en una terraza cualquiera, con platos compartidos, riéndonos de tonterías, hablando con la boca llena, interrumpiéndonos y volviendo a empezar. No hay nada extraordinario en ello y, sin embargo, es exactamente lo que necesitábamos.

—Esto sí —dice Lola en algún momento—. Esto sí que lo necesitaba.

María asiente.

—Yo también.

Las miro a las dos.

—Yo más —añado.

Y durante un rato largo, todo encaja sin esfuerzo ni prisa, como si Roma hubiera decidido, por una vez, dejarnos a nosotras el mando del día.

La tarde llega bajando el ritmo. Caminamos más despacio, hablamos menos y dejamos que los silencios se instalen sin tener que llenarlos.

Nos sentamos en un banco sin un motivo concreto, simplemente porque sí, porque estamos cansadas y nos apetece parar, y porque ya no queda nada más por hacer.

Lola estira las piernas.

María se recuesta hacia atrás.

Yo las miro.

—¿Sabes qué pasa? —dice Lola, rompiendo el silencio—. Que esto no puede ser una excepción.

María gira la cabeza hacia ella.

—¿El qué?

—Esto —insiste, señalándonos—. Nosotras así. No puede ser algo que pase un par de veces al año y ya está.

Hay algo en su voz que no es queja, pero se le parece.

—Pues no, no debería —dice María.

—No —replica Lola.

Las dos me miran.

Y sé lo que esperan.

Pero no quiero romperlo.

No así.

—Creo que esto era lo que necesitábamos —digo, eligiendo las palabras—. Aunque solo fuera hoy.

Lola frunce el ceño.

—¿Solo hoy?

—No lo digo a malas —aclaro—. Lo digo... porque es la verdad.

María me observa.

—Explícate.

Respiro hondo.

—Esto —digo, señalándonos—. Esto, en este momento, es una puta maravilla. Pero tenéis que pensar que todo lo demás... nos lo impide de una forma u otra. Nuestras vidas, nuestros ritmos, lo que tenemos fuera de aquí... No sé si vamos a saber hacerlo igual cuando volvamos.

El silencio que sigue no es incómodo.

Es honesto.

—Ya... —murmura Lola.

María no dice nada.

Pero asiente.

—Y aun así —añado—, hoy ha merecido la pena.

Las dos sonríen.

Y ahí, en ese gesto pequeño, en esa aceptación sin resistencia, entiendo que no hace falta prometer nada ni asegurarlo ni convertirlo en algo que tenga que sostenerse a la fuerza.

Porque lo que ha pasado hoy ya es suficiente.

Nos quedamos un rato más, sin hablar demasiado, dejando que el día termine de asentarse, sin necesidad de cerrarlo con una frase bonita.

Y cuando finalmente nos levantamos para volver, lo hacemos despacio, sin prisa, sin querer romper del todo lo que hemos conseguido recuperar, aunque sea solo por unas horas.

Roma sigue ahí, con su ruido y su historia intactos. Nosotras seguimos aquí también, aunque ya no en el mismo punto exacto en el que empezamos esta mañana.

Y, por alguna razón, eso no me asusta tanto como antes.

Capítulo 17

Un consultor sin cobertura

Enrico

Llevo catorce años trabajando de consultor para gente que factura más en un trimestre de lo que yo voy a ver en toda mi vida, y aun así hoy me he pasado media hora delante de un escaparate de la *Via del Corso* decidiendo si a mi sobrina le va a gustar más el osito con la boina o el que lleva una pizza de peluche cosida en la barriga.

He elegido el de la pizza. Que la formación clásica está muy bien, pero a los seis años se aprecia más un buen chiste visual que una boina.

—Bendito viaje —murmuro por lo bajo, guardándome el osito en la bolsa, porque hace apenas cuatro días yo era el hombre que le dijo a su jefe que no, que a Roma no iba, que ya había hecho tres viajes ese mes y que si querían representación en la feria del sector, que mandaran a alguien con más ganas de maleta.

Menos mal que mi jefe no me escucha nunca.

Menos mal, sobre todo, que en algún punto de esa negativa cambié de opinión, porque si no, no habría estado en ese avión, y si no hubiera estado en ese avión, no habría conocido a Carmen, y esta ciudad, que llevo visitando por trabajo desde hace una década sin verla realmente ni una sola vez, se me habría vuelto a escapar entre reuniones y PowerPoints sin dejarme nada más que *jet lag*.

Sigo caminando, con el osito de la pizza chocando contra mi cadera cada dos pasos, y pienso en lo idiota que he sido.

No por el viaje. Por lo otro.

Porque anoche, cuando la besé en la puerta de su hotel, tenía tan concentrada la cabeza en no estropear el momento que se me olvidó lo más básico: pedirle el número. Ahí estaba yo, con treinta y nueve años, un máster en gestión de proyectos internacionales y la capacidad de negociar contratos en tres idiomas, y no fui capaz de

acordarme de sacar el móvil y decir «oye, dame tu número» como haría cualquier persona con dos dedos de frente.

Me fui. Sin más. Como un caballero medieval que decide que lo elegante es desaparecer en la penumbra, cuando lo único elegante habría sido quedarme cinco segundos más y resolver el problema con una simple cifra de nueve dígitos.

Llamo a mi hermana mientras cruzo una plaza que no me molesto en identificar, porque llevo diez años viniendo a esta ciudad y todavía no sé distinguir una plaza de otra si no tiene una fuente famosa en medio.

—¿Le has comprado ya el regalo a tu sobrina o sigues de crisis existencial en medio de Roma? —contesta ella nada más descolgar, sin saludar, como hace siempre.

—Las dos cosas. El osito lleva una pizza cosida en la tripa, es una genialidad.

—Con eso te has ganado el título de tío favorito otra vez.

—Era mío desde el nacimiento, no me lo puede quitar nadie.

Se ríe, y de fondo escucho a mi sobrina preguntando si el tío Enrico ha visto el Coliseo, si ha visto al Papa, si en Italia también hay churros. Le explico, gritando un poco para que me oiga, que no ha visto ni al Papa ni churros, pero que ha comido un *gelato* de pistacho que le va a cambiar la vida el día que venga a probarlo. Se conforma. A los seis años, un helado bien vendido gana a cualquier basílica.

—Oye —dice mi hermana, cuando ya la niña se ha ido a hacer otra cosa—, te noto raro.

—No estoy raro.

—Estás raro. Sueles contarme la feria, los clientes, el tostón de la cena de gala. Y hoy solo me hablas de una tal Carmen que, por cierto, todavía no me has explicado quién es.

—Es una española. La conocí en el avión.

—¿Y?

—Y nada. La besé anoche y se me olvidó pedirle el teléfono como un adolescente que no ha besado a nadie en su vida.

Se hace un silencio al otro lado, el tipo de silencio que en mi familia siempre precede a una carcajada.

—Enrico. Tienes treinta y nueve años.

—Lo sé.

—Cierras contratos de doce ceros sin pestañear.

—También lo sé.

—Y se te ha olvidado pedirle el número a una chica.

—Cuando lo dices así suena todavía peor.

Cuelga entre risas, no sin antes advertirme que como vuelva a Roma sin más fotos que las del techo de la Capilla Sixtina, no pienso perdonármelo en la vida. Le prometo que haré lo posible.

Me quedo parado en mitad de la plaza —creo que es la del Panteón, aunque tampoco lo juraría—, con la bolsa del osito en una mano y el móvil todavía caliente en la otra, y tomo una decisión que en cualquier reunión de trabajo calificaría de «riesgo no justificado por el retorno esperado».

Voy a ir a su hotel.

Ni siquiera me fijé en el nombre del hotel anoche, con la cabeza en otra parte. Pero recuerdo la calle, la fachada, ese ventanal con vistas a la cúpula de San Pedro que ella misma señaló al llegar. Con eso, un par de vueltas por la zona y más determinación de la que suelo emplear en asuntos personales, consigo dar con el sitio en menos de media hora.

Entro con la seguridad de quien ha entrado en salas de juntas mucho más intimidantes que un vestíbulo de hotel con mármol claro y lámparas antiguas, y me planto en recepción con mi mejor sonrisa profesional, la que reservo para clientes difíciles.

—Buenas tardes. Estoy buscando a una huésped. Carmen, española, llegó hace un par de días con dos amigas.

El chico de recepción, con placa de nombre que dice Óscar, me mira con una mezcla de curiosidad y sospecha que reconozco perfectamente porque yo mismo la uso cuando alguien intenta colarse en una negociación sin cita previa.

—Me temo que ha salido con sus amigas. Y por política del hotel no puedo darle el número de habitación.

—Lo entiendo, lo entiendo. Solo quería...

Y entonces me quedo sin frase. Porque «solo quería» ¿qué exactamente? ¿Verla? ¿Explicarle que soy un consultor internacional capaz de gestionar crisis en tres continentes pero

incapaz de pedir un número de teléfono? Suena patético incluso pensado en silencio.

Una chica aparece por detrás del mostrador, con el pelo recogido a medias y pinta de haber llegado corriendo desde algún sitio con animales, a juzgar por un par de pelos que lleva pegados a la manga.

—¿Todo bien, Óscar? —pregunta, apoyándose en el mostrador con una confianza que solo se tiene con alguien de mucha cercanía.

—Este señor busca a Carmen. La española del trío.

Ella me mira de arriba abajo, con esa evaluación rápida que hacen algunas personas y que en cinco segundos deciden si eres de fiar o no.

—Tú eres el del avión —dice de pronto, con una seguridad que me pilla completamente descolocado—. Me habló de ti anoche, en el pasillo. No dijo tu nombre, pero por cómo lo dijo, no hacía falta.

No sé qué contestar. Me quedo ahí, con el osito de la pizza asomando por la bolsa y la sensación de que acabo de quedar retratado ante una completa desconocida.

—No tengo su número —admito al final, porque a estas alturas mentir sería absurdo—. Se me olvidó pedírselo anoche. Sé que suena ridículo.

—Suena ridículo —confirma ella, sin ninguna intención de suavizarlo—, pero también suena bastante tierno, si te soy sincera.

Óscar, a su lado, levanta las manos en un gesto de «yo no me meto», mientras ella saca un boli del mostrador y me acerca un papel.

—Dame tu número. Yo me encargo de que le llegue.

—¿Y por qué habría de fiarme?

—Porque soy la única persona en este hotel con más ganas que tú de que esto salga bien. Y porque, créeme, sé de lo que hablo cuando digo que a veces solo hace falta que alguien dé el empujón que el otro no se atreve a dar.

No sé muy bien a qué se refiere con eso último, ni por qué lo dice con una media sonrisa que parece guardar más historia de la que cuenta, pero algo en su tono me convence de que puedo confiar en ella más que en cualquier cláusula de confidencialidad que haya firmado nunca.

Apunto mi número. Se lo entrego.

—Gracias... —dudo un segundo—, no me has dicho tu nombre.

—Elena.

—Gracias, Elena.

—No me las des a mí —responde, guardándose el papel en el bolsillo con un gesto que casi parece de complicidad, aunque no llego a entender del todo con quién—. Dáselas cuando la veas. Si es que la ves.

Salgo del hotel con el mismo osito de peluche, un poco más ligero de dudas y bastante más pesado de esperanza, pensando que quizá, después de todo, sí que ha sido buena idea ceder y venir a este viaje.

Bendito viaje, sí.

Aunque todavía no tenga ni idea de si va a servir para algo más que para comprarle un osito con pizza a mi sobrina.

Capítulo 18

Roma decide

A la mañana siguiente todo parece un poco distinto. El hotel, nosotras, el aire. Roma ha aprovechado la noche para hacer su trabajo en silencio, y cada una amanece siendo un poco más de lo que era ayer, una versión ligeramente más despierta de sí misma. El tiempo no espera y Roma, mucho menos.

Lola es la primera en desaparecer.

—Tengo que bajar —dice, con una urgencia que no intenta disimular—. Hoy el desayuno importa más de lo habitual.

—¿Por qué?

—Porque el desayuno puede decidir cosas.

Y antes de que pueda preguntarle qué cosas exactamente, ya ha cerrado la puerta.

María tampoco se queda. Su móvil vibra y lo mira con esa media sonrisa que ya empiezo a reconocer demasiado bien.

—Mi taxista se ha perdido con una pareja alemana —dice, sin apartar los ojos de la pantalla—. Las calles de Roma no perdonan.

—Claro —respondo.

—Eso también es amor, ¿no? —añade, más para sí misma que para mí.

Se arregla rápido, me lanza un beso en el aire y desaparece con la misma prisa con la que llegó.

Y de repente la habitación del hotel se me queda demasiado grande.

Demasiado silenciosa.

Demasiado mía.

Me tomo un momento sentada en el borde de la cama, mirando la habitación vacía con las camas revueltas y el rastro de las dos todavía visible en las maletas abiertas y las toallas mal dobladas. Hay un poso extrañamente melancólico en los restos de un día que fue demasiado para procesarlo de una sentada, y sin embargo ahí están, prueba de que ocurrió, de que esto es real y no un sueño con subtítulos italianos.

Me tomo mi tiempo para arreglarme, porque el aire de la habitación no termina de colocarse del todo, una especie de calma falsa que no me creo ni yo, y aun así bajo de todas formas.

El ascensor tarda más de lo normal, o quizá soy yo la que va más despacio de lo habitual.

Cuando llego al vestíbulo, el mundo sigue en su sitio, pero no del todo.

Óscar está en recepción conversando con Elena, demasiado cerca para ser casualidad y demasiado tranquilos para que yo no lo note. Sin motivo claro, el pulso se me acelera, y me quedo un instante sin saber si echar a correr hacia ellos o quedarme aquí, a distancia prudencial, a ver qué pasa.

Abro la puerta del salón de desayunos y entonces el mundo se detiene. No del todo. No de una vez.

Pero sí lo suficiente para que me pare en seco.

Porque hay algo raro en el ambiente.

Algo que no debería estar ahí.

Algo...

—¡SORPRESA!

El grito rompe todo lo anterior.

Lola está en una esquina del salón, riéndose, con Marco a su lado. Fuera de su cocina parece diferente, más relajado, más vivo.

María aparece detrás de una columna, despeinada y feliz, con Enzo apoyado a su lado, como si a los dos les bastara con eso: una excusa más para mirarse.

Y yo me quedo quieta.

El alivio llega primero. Después la risa. Después una emoción que todavía no sé nombrar.

Voy hacia ellas sin más, y cuando las alcanzo el caos ya está instalado: las tres hablando a la vez, riendo, interrumpiéndose, contando sin orden lo que ha pasado antes de este momento. Y en medio de todo me acuerdo de ayer, de las calles sin rumbo, de la panceta del *Trastevere*, del banco donde nos quedamos sin decir nada y sin necesitar decirlo, de las confesiones de anoche y de la fuga de esta mañana, todo convertido en una sola cosa desordenada que solo nosotras entendemos.

Nos sentamos a desayunar. Me dejo llevar por las voces cruzadas, las risas y el calor del momento. Pero en algún momento todo empieza a alejarse sin moverse del sitio, hasta convertirse en apenas un susurro.

No sé cuándo dejo de escuchar a Lola, ni cuándo pierdo el hilo de María entre su energía y ese entusiasmo que la arrastra de un lado a otro. Solo sé que en algún momento me quedo quieta, con la taza entre las manos, mirando sin mirar.

Y entonces lo noto.

No es una entrada de película, ni nada que anuncie su llegada con ruido. Es más bien un cambio en el aire, casi incómodo de reconocer porque llega en silencio.

Me giro despacio, sin saber muy bien por qué, y ahí está.

Enrico.

Quieto, sin apresurarse. No sé cuánto tiempo lleva ahí, ni desde cuándo ha ocupado ese punto exacto donde el salón deja de ser solo un lugar lleno de gente para convertirse en otra cosa.

—¿Cómo...? —es lo único que me sale.

No termino la frase. Me quedo suspendida en un segundo que no sé si es sorpresa o algo bastante más peligroso.

El pulso se me dispara, casi ridículo por lo simple que es todo alrededor, y sin embargo no me muevo.

Él tampoco.

Elena aparece detrás de él con esa sonrisa suya que no pide permiso para existir y levanta las manos. Se miran un instante con una complicidad breve, y después vuelve a mí.

—Volvió anoche —dice ella—. Y te dejó su número conmigo.

Miro a Enrico. Él no aparta la vista.

—Te vi la primera noche, al llegar —añade Elena, más suave ahora—. Estabas en una nube, pero tu felicidad no te llegaba a los ojos.

Óscar asiente desde un lado.

—Sí —dice—. Se te notaba... pero no del todo.

Elena se encoge de hombros.

—Así que esta mañana, cuando las he visto a ellas dos tan felices, le he preguntado a María, he atado cabos... y bueno. ¡Tachán!

Todo explota en risas. No sé quién se mueve primero, pero me descubro abrazando a Elena sin pensarlo, riéndome contra su hombro, murmurándole que no sabe lo que ha hecho, que ahora no me la voy a quitar de encima.

—Eso espero —responde ella, apretando el abrazo un segundo más.

Enrico se acerca entonces, con esa forma suya de estar que no necesita imponerse para ocuparlo todo, y cuando lo tengo delante todo lo demás deja de importar.

—No me iba a ir sin verte otra vez —dice.

No digo nada. Porque no quiero estropearlo.

Él sonríe, más cerca ahora.

—Te dije que Roma cambia a la gente —murmura.

—No —respondo al fin—. Roma no ha sido.

Se queda callado un segundo. Y entonces baja un poco la voz.

—Entonces fuiste tú.

No sé qué decir. Solo lo miro. Y él también.

—El otro día... —empieza, pero no termina.

No hace falta. Sé perfectamente a qué se refiere.

Y en ese hueco que deja la frase sin cerrar, siento el pasado y el presente mezclados, sin saber dónde termina uno y empieza el otro.

—Fue... raro —digo, buscando la palabra exacta sin encontrarla.

—No —corrige, con suavidad—. Fue real.

No sé por qué esa palabra pesa más que cualquier otra cosa que haya escuchado en toda la mañana.

Real.

Y mientras Lola y María celebran algo que ya no controlo, Enrico se inclina apenas lo suficiente para que todo lo demás deje de existir un segundo más.

—Esta vez no te me escapas —dice, muy bajo.

Suelto una risa breve, casi sin querer, más por nervios que por humor.

—Eso suena a decisión peligrosa.

—Lo sé —responde sin dudar—. Por eso la he tomado.

Me mira de una forma distinta ahora, no más intensa sino más clara.

Y yo vuelvo a quedarme sin palabras.

El mundo sigue celebrando a nuestras espaldas, pero aquí, en este pequeño margen que nadie más parece notar, hay una promesa que aún no ha terminado de tomar forma.

Y antes de que pueda pensarlo demasiado, antes de que vuelva a buscar sentido a nada, se acerca un poco más, lo justo para que el resto deje de importar sin desaparecer del todo.

No me toca. No hace falta.

Solo baja la voz.

—Carmen...

Mi nombre suena distinto en su boca, con un peso que no tenía hasta ahora, como si llevara toda la vida esperando a que alguien lo pronunciara así.

Y yo, sin saber muy bien por qué, me quedo en ese segundo en el que nada se mueve aunque todo esté cambiando.

Capítulo 19

Donde uno siempre termina volviendo

Óscar

La primera vez que veo a la rubia entrar por la puerta del hotel pienso dos cosas casi al mismo tiempo: que es preciosa y que lleva pintada una tristeza que ni siquiera una sonrisa bonita consigue esconder del todo.

Va acompañada de otras dos mujeres que hablan entre ellas con esa confianza que solo se construye después de muchos años, aunque basta observarlas unos segundos para notar una distancia pequeña pero constante entre las tres, de esas que ninguna sabe muy bien cómo cruzar.

Me apoyo mejor sobre el mostrador mientras las veo acercarse.

La morena habla sin parar. La otra, la más tranquila, observa todo con calma. Pero la rubia... la rubia mira el hotel como si hubiera llegado a Roma buscando algo más que unas vacaciones.

Y eso me despierta curiosidad.

—Buongiorno, soy Óscar —me presento, suavizando el acento para hacerlo sonar más italiano de lo que realmente es—. ¿En qué puedo ayudarlas?

La rubia me devuelve una sonrisa que tiene más educación que ligereza.

Me dice su nombre.

Carmen.

Y mientras me explica que han ganado un sorteo y que hay un problema con la habitación, hago el esfuerzo justo para seguir prestando atención al ordenador, porque esos ojos color miel deberían venir con advertencia sanitaria.

Resulta que quieren cambiar la suite doble por una habitación para tres, aunque pierdan calidad. A mí la jugada me viene perfecta porque justo esta mañana una pareja ha llamado preguntando por una suite libre y yo les he dicho que todavía estaba pendiente de confirmación.

Así que les soluciono el problema en menos de lo que tardo en teclear un par de veces.

Pero tampoco voy a desperdiciar la oportunidad de divertirme un poco.

Levanto la vista despacio y le dedico mi mejor sonrisa profesional. La de «puedo solucionarte la vida o complicártela muchísimo».

—Mmm... déjeme pensar qué puedo hacer.

La rubia arquea apenas una ceja, y joder, vaya mirada tiene.

Si no fuera porque mi Elena es lo único importante que he encontrado en esta vida de locos que llevo arrastrando desde hace años, probablemente me metería en un problema serio antes de que terminara el *check-in*.

Y el asunto es que a mí me encanta coquetear. Me gusta demasiado, aunque luego tenga que aguantar las amenazas de muerte de mi novia.

Pero Elena no está aquí ahora mismo, y la rubia se ha apoyado sobre el mostrador de una forma que deja claro que sabe perfectamente el efecto que provoca cuando quiere.

Así que sí. Voy a disfrutar un poco.

—Creo que podremos arreglarlo —digo al final, fingiendo que me cuesta tomar la decisión.

La morena da una palmada emocionada.

La tranquila sonríe.

Y Carmen me mira agradecida, aunque sigue teniendo algo apagado detrás de los ojos.

Eso no encaja ni con Roma, ni con un viaje gratis, ni con unas amigas así.

Mientras termino de gestionar las habitaciones seguimos tonteando un poco, nada serio, solo ese juego absurdo que algunas personas llevamos metido en la sangre y que a Elena le saca de quicio aunque luego se le pase rápido.

Cuando se marchan me quedo observando a la rubia un instante más de lo necesario. Madre de Dios, qué cuerpo tiene; esas curvas deberían estar prohibidas en recepción.

Resoplo, llamo a la pareja interesada en la suite, cierro el ordenador y salgo disparado hacia el apartamento que comparto con Elena, justo al lado del hotel.

Porque sí. Necesito desfogarme. Y bastante.

Abro la puerta y apenas me da tiempo a verla aparecer por el pasillo cuando ya la tengo encima. O ella a mí, que con Elena nunca está del todo claro quién ataca primero.

—¿Y esa cara? —pregunta riéndose mientras me rodea el cuello.

No respondo.

La beso.

Y ella protesta entre carcajadas.

—¡Óscar! ¡Acabo de recoger la cocina!

—Me da igual.

—Estás enfermo.

—Puede.

Le muerdo el labio despacio y noto cómo se derrite igual que la primera vez.

Eso nunca cambia.

—Tengo que estar dentro de ti ahora mismo —le susurro contra la boca.

Ella pone los ojos en blanco.

—Qué romántico eres cuando te esfuerzas.

Pero ya me está quitando la camiseta.

Y yo ya no pienso con claridad.

La cuestión con Elena es que jamás ha sido solo sexo. Aunque el sexo con ella sea una barbaridad.

La cuestión es que esta mujer me desmontó la vida entera sin proponérselo.

Y todavía sigo encantado con los escombros.

Más tarde vuelvo a encontrarme con Carmen en recepción.

Va sola.

Sus amigas no están.

Y aunque sigue siendo guapísima, ahora parece todavía más perdida.

—Vaya —le digo apoyándome sobre el mostrador—. Pensé que el restaurante no dejaba escapar a nadie tan pronto.

Ella sonríe apenas.

—Necesitaba aire. Roma no se disfruta solo sentada.

—Depende de con quién compartas la mesa.

Lanzo la frase acompañado de mi mejor sonrisa de sinvergüenza profesional, esa que normalmente funciona bastante mejor de lo que debería.

Pero esta vez no.

Porque la rubia no está aquí del todo.

Y ahora estoy seguro.

Esta chica está sufriendo por algo.

Lo noto en cómo mira alrededor sin mirar realmente nada. En la forma en que tarda un segundo de más en responder. En ese cansancio que no tiene nada que ver con el viaje.

Y no lo entiendo.

Porque está en Roma.

Porque tiene amigas.

Porque cualquiera mataría por estar donde ella está ahora mismo.

¿Qué cojones le pasará?

—Puedo recomendarte sitios para pasear sola... o acompañada —insisto, levantando una ceja—. De noche aparecen rincones interesantes.

No llego a terminar.

Un golpe seco aterriza en mi cuello.

—¿Pero tú qué te crees que estás haciendo? —gruñe Elena detrás de mí.

Joder. La he cagado, y mucho.

Me llevo la mano justo donde me ha golpeado mientras Carmen nos observa entre sorprendida y divertida.

—¡Elena!

La mirada de mi novia es puro fuego.

Y experiencia.

Demasiada experiencia.

—¿Otra vez con lo mismo? —dice cruzándose de brazos—. ¿Otra clienta?

La rubia intenta defenderme.

Cosa que no ayuda absolutamente nada.

Y menos de un minuto después las dos ya están hablando entre ellas como si se conocieran de toda la vida. Intercambian teléfonos, se ríen, comentan no sé qué de un restaurante. Y yo me quedo

mirando la escena entendiendo, una vez más, que las mujeres son una especie completamente distinta.

Cuando Carmen se marcha, Elena me fulmina con la mirada.

—Eres incorregible.

La agarro de las caderas y tiro de ella hasta pegarla a mí.

—Pero estoy enamorado de ti.

—Eso no te impide ser idiota.

—Un poco sí.

Suspira.

Y luego termina riéndose, porque me conoce demasiado bien.

Apoyo la frente contra la suya.

—Eres la única mujer que quiero en mi vida, Elena.

Y eso sí que nunca ha sido mentira.

Porque desde que apareció, ninguna otra consiguió importarme de verdad.

La conocí en Jerez. Ella estaba prometida, y yo estaba cansado de relaciones vacías que no me removían absolutamente nada.

Y entonces apareció aquella mujer preciosa en un bar, con un anillo enorme en el dedo y una tristeza parecida a la de Carmen.

Se notaba a leguas que necesitaba hablar o un hombro sobre el que llorar.

O eso creía ella.

Yo tardé exactamente diez minutos en entender que no estaba enamorada del hombre con el que iba a casarse.

Y creo que Elena lo supo la primera vez que se rio conmigo de verdad.

Lo demás pasó demasiado rápido.

Una noche.

Demasiado alcohol.

Demasiada tensión acumulada.

Y una cama que terminó convirtiéndose en el principio de todo.

Al día siguiente, rompió su compromiso y se vino a vivir conmigo.

Y jamás miró atrás.

A veces todavía me cuesta creer que alguien eligiera quedarse conmigo de esa manera.

Una noche, mucho después, le conté lo de mi padre. Cómo se había marchado a Italia por trabajo y jamás volvió. Cómo mi madre había esperado durante años hasta cansarse de hacerlo.

Fue Elena quien me dijo que necesitaba venir aquí. Buscar respuestas. Cerrar heridas. O al menos intentarlo.

Y eso hicimos.

Acabamos trabajando en el hotel porque necesitábamos dinero mientras organizábamos la vida. Pero el tiempo pasa. Y Roma es preciosa. No necesito más explicación que esa para decir que esa fue la razón real del por qué nos quedamos aquí.

Aunque hay días en los que echo tanto de menos mi tierra que me cuesta respirar.

Y sé que a Elena le pasa igual.

Por eso verla conectar con esas chicas la ha removido tanto. Porque le recuerdan lo que dejamos atrás.

Elena y yo vemos subir a Carmen sola a la habitación. Sus amigas siguen fuera, y hay algo en su expresión que nos deja claro que esta mujer necesita un empujón.

Cuando entro en casa, Elena ya está pensando exactamente lo mismo.

Mi chica es así.

Única.

Me cuenta lo que se le acaba de ocurrir y yo sonrío, más enamorado de ella que hace un rato y seguro de que menos que mañana, porque cada día que paso con ella me da otra razón para quererla más, si es que eso es posible.

Estoy en recepción cuando veo a las amigas de Carmen salir del ascensor. Le envío un mensaje a Elena para que venga, tal y como acordamos ayer. Casi ni he dado a enviar cuando ya la tengo detrás. Y en menos de un suspiro está hablando con ellas.

Les cuenta lo del hombre que Carmen conoció.

—Tengo su número. Vino ayer por la tarde preguntando por ella, pero vosotras estabais fuera, así que...

Entre gritos de sorpresa y saltos de alegría, entre las tres montan un desayuno sorpresa.

Yo solo observo el caos desde mi puesto sin ser capaz de borrar la sonrisa que tengo en la cara.

Porque a veces la felicidad tiene esta pinta absurda y preciosa.

Cuando Carmen baja, me muestro todo lo amable que puedo. No hace comentarios ni hace gala de su habitual encanto, y eso me cabrea bastante. Espero que lo que han preparado le levante el ánimo.

Enrico, el amigo italiano de la rubia, llega y le indico por dónde pasar al salón. Se queda de pie, observando el despliegue.

Me coloco junto a Elena, divertido por la escena. Carmen mira de un lado a otro, con una sonrisa que no le cabe en la cara, intentando entender qué demonios está pasando.

La miro.

Luego miro a mi chica.

Y de pronto lo tengo claro.

Muy claro.

—Nena, hoy mismo vamos a presentar nuestro cese de contrato —le digo cerca del oído—. En quince días nos volvemos a España.

Ella se queda inmóvil.

Voy a preguntarle si está de acuerdo, pero no me da tiempo. Porque la loca se me tira encima y empieza a besarme como si llevara años esperando escuchar exactamente eso.

Me río contra su boca.

—¿Estás seguro? —pregunta entre besos—. ¿Y tu padre?

La abrazo más fuerte.

Y por primera vez en mucho tiempo siento que ya no necesito seguir buscando respuestas lejos de casa.

—Más seguro que nunca, mi amor —susurro—. Tenemos una boda que preparar.

Fin

Epílogo

Lo que se queda

Un año después

El grupo de WhatsApp sigue activo, más de lo que imaginaba. Roma se ha negado a cerrarse del todo y ha encontrado la forma de colarse en la rutina.

Lola manda audios desde la cocina de ese hotel en Italia que nos robó el corazón, siempre con ese fondo de cazuelas, órdenes en italiano y risas que se le escapan cuando cree que nadie la escucha. Su voz se escucha más suelta, más segura; contando que el servicio ha sido una locura, que ha discutido con Marco por una salsa y que al final han acabado riéndose mientras corregían el plato juntos, con ese pulso constante que es su manera de quererse.

No fue un camino fácil. Hubo meses de papeleo, de silencios incómodos con la familia de Javier y de llamadas a las tantas en las que solo necesitaba que alguien la escuchara sin juzgarla. Pero salió de ahí distinta, más ella, y ahora, cuando cuenta esa parte, ya no le tiembla la voz.

María aparece menos, pero cuando lo hace, lo llena todo. Dejó la agencia de Madrid a los pocos meses de volver y ahora reparte su vida entre cualquier parte del mundo donde se les haya ocurrido ir y Roma, llevando grupos con Enzo por rincones que ninguna guía recoge. Fotos en estaciones, vídeos cortos de calles que no salen en las guías, mensajes a deshoras contando que acaban de terminar una ruta, que se han perdido a propósito en una ciudad nueva o que han decidido quedarse un día más porque sí, porque pueden, porque ahora su vida se mide de otra forma. Habla de Enzo sin necesidad de anunciarlo, como quien ya no separa las dos cosas, y yo sonrío al escucharla porque sé exactamente en qué punto está.

Y luego estoy yo, que suelo responder tarde, casi siempre. No por falta de ganas, sino porque ya no siento la urgencia de estar en todas partes a la vez. Algo en mí ha aprendido a quedarse quieto sin necesidad de correr detrás de nada.

Madrid sigue siendo Madrid, con su ritmo, sus días que se encadenan, sus noches que no prometen nada pero tampoco engañan, y aun así hay algo distinto en la forma en que lo habito, con una especie de calma que no estaba antes, la de quien ha hecho las paces con esa parte de mí que siempre necesitaba más.

No he vuelto a Roma.

Pero hay días en los que está aquí, en detalles pequeños que no sé del todo cómo explicar, en la forma en que me detengo más de la cuenta en algo que antes habría pasado por alto, en esa manera nueva de mirar que no busca respuestas rápidas.

He cambiado.

No de golpe, no de forma evidente, sino despacio, del mismo modo en que cambian las cosas que importan de verdad, sin avisar.

También en cómo entiendo el amor.

Ya no lo pienso como algo que hay que sostener a toda costa ni como una meta que hay que alcanzar para que todo encaje. Ahora lo reconozco en lo que despierta, en lo que mueve, en lo que deja incluso cuando no se queda.

Con Enrico no hay una historia cerrada, ni falta que hace. Nos mandamos mensajes, no muchos pero los suficientes para seguir en contacto. A veces llegan cuando menos lo espero, en mitad de un día cualquiera, una foto sin explicación, una frase breve que no necesita contexto, y otras veces soy yo la que escribe, sin motivo concreto, solo porque me apetece compartir algo que sé que va a entender sin que tenga que explicarlo demasiado.

No hemos hablado de futuro ni tampoco hemos hecho planes. No tengo ni idea de lo que pasará entre nosotros. Hay algo ahí que me empuja a seguir con este juego y me frena a dar un paso adelante al mismo tiempo.

También me escribo con Elena, que sigue siendo ese tipo de persona que aparece en tu vida sin pedir permiso y se queda en un lugar que no sabías que estaba libre. Me manda notas de voz imposibles, me cuenta historias a medio terminar y, de vez en cuando me recuerda, sin decirlo directamente, que aquella mañana no fue casualidad, que hay decisiones que parecen pequeñas pero cambian el rumbo de todo.

Óscar aparece menos en la conversación, pero siempre está, como parte de ese entramado que empezó sin que ninguno supiera muy bien en qué iba a convertirse. Hace unos meses, las tres cruzamos medio país para verlo casarse con Elena en Jerez, en un cortijo con más flores que sentido común y un cielo tan despejado que a ella se le escapó la broma de haber encontrado, después de todo, mejor tiempo que en Roma. Fue extraño y bonito a la vez, vernos allí las tres juntas, celebrando algo que había empezado con una colleja en un mostrador de hotel.

Y yo estoy bien, de una forma que antes no sabía reconocer.

No porque todo esté claro ni porque tenga respuestas para lo que vendrá, sino porque ya no las necesito como antes.

Hay noches en las que, sin motivo, me descubro recordando la Fontana, el sonido del agua, la luz sobre la piedra, y ese instante suspendido en el que todo pareció encajar de la manera más natural del mundo.

No quiero idealizarlo ni convertirlo en algo más grande de lo que fue. Pero tampoco lo minimizo.

Porque sé que fue real.

Y con eso me sobra.

Pego un salto cuando el móvil vibra sobre la mesa. Dudo en mirarlo porque me encanta adivinar si es él, Elena o mis chicas.

El timbre suena y me sobresalta aún más que el teléfono. Miro hacia la puerta, porque no espero visita.

Me quedo quieta un segundo, porque hay algo en esa repetición breve del timbre que no se siente cotidiano ni casual. Dejo que la cabeza busque explicaciones, y entonces vuelve a sonar.

La persona al otro lado no tiene paciencia para esperar a que el mundo decida abrirle.

Me levanto sin pensarlo demasiado, la mano se me adelanta a la decisión, empujada por la curiosidad, y cuando abro la puerta el aire cambia de repente, no porque haya viento ni porque haya nada que lo justifique, sino porque él está ahí.

Enrico.

Durante un segundo que no sabría medir, todo lo demás desaparece.

Él no dice nada.

No hace falta.

Solo me mira, con la calma de quien ha recorrido un camino entero solo para llegar a este punto exacto, y antes de que pueda ordenarle a mi cerebro una sola palabra, antes de que el cuerpo decida si acercarse o retroceder, él da un paso hacia dentro, reduciendo la distancia sin preguntar, y me besa.

Con ardor. Con ansias. Con todo lo que lleva dentro.

No hay ese segundo de prudencia que a veces inventa la cabeza para protegerse.

Solo la certeza de que todo lo que no se dijo en Roma, todo lo que quedó suspendido entre calles, fuentes y silencios, ha estado esperando este momento para encontrar la salida.

Y respondo sin pensarlo, sin medirlo, sin buscarle forma, porque no hay nada que organizar cuando el cuerpo ya ha entendido lo que la mente intenta nombrar.

El mundo se reduce entonces a lo esencial, a la puerta entreabierta detrás de nosotros, al aire que entra desde el rellano, a una ciudad que sigue existiendo pero que ya no importa de la misma manera, porque dentro de este instante no hay nada que explicar ni nada que defender.

Cuando nos separamos lo hacemos sin prisa, con la misma calma de quien sabe que ya no queda nada por lo que correr, y él se queda ahí, lo bastante cerca para que todo siga siendo real.

No hay promesas en voz alta ni declaraciones que intenten ordenar lo que no necesita orden.

Solo una mirada que se sostiene un instante más de lo prudente.

Y entonces la puerta se cierra, sin posibilidad de volver atrás.

No sé cuánto tiempo pasa. Podrían ser segundos, o mucho más que eso. Hay momentos que no se miden igual que el resto, momentos que no pertenecen del todo al reloj sino a otra clase de tiempo, uno que solo entiende el cuerpo.

Y sin embargo, en medio de ese silencio, me descubro sonriendo sin querer, no por lo que acaba de pasar, sino por lo que no ha terminado de explicarse, por lo que no se ha cerrado, por lo que sigue vivo.

Me doy cuenta entonces de una cosa que no había querido pensar antes, no porque no lo supiera, sino porque hasta ahora no

había tenido sentido ponerle forma: hay cosas que no necesitan resolverse para existir, y hay personas que no entran en tu vida para quedarse quietas en ella, sino para cambiar la manera en la que la entiendes incluso cuando no están delante.

Me aparto con calma, extasiada y algo mareada. El piso vuelve a ser el mismo de siempre, con su orden habitual, sus objetos conocidos y su normalidad intacta, pero yo ya no encajo exactamente igual dentro de él.

En la mesa, el móvil vibra otra vez. No hace falta mirarlo para saber que no es él. Porque está aquí conmigo y no sé a qué ha venido: si para quedarse o marcharse.

Y esa incertidumbre, lejos de inquietarme, me resulta extrañamente tranquila.

Porque esta vez no necesito tener la respuesta inmediata a todo lo que siento.

Porque hay ciudades que se quedan contigo aunque las dejes atrás.

Y hay besos que no pertenecen a un lugar concreto.

Nota de la autora

Esta novela nació de una broma.

O de algo que se le parece mucho: la certeza irracional, y bastante demostrada en mi caso, de que durante una época fui beneficiaria en los diferentes sorteos en los que participaba. No sé si era suerte, karma o que el universo tiene un extraño sentido del humor, pero hubo un momento en el que empecé a pensar que había algo mágico en aquello, en que la vida te abriera una puerta sin que haber llamado antes. Y de ahí nacieron Carmen, su premio y Roma.

Pero detrás de cada personaje hay algo más que una excusa argumental.

Carmen es de las que se parten el lomo en un mundo que no siempre se lo pone fácil por el simple hecho de ser mujer. Trabaja en tecnología, un sector que todavía le debe mucho a las mujeres que lo sostienen desde dentro. Carga con esa tensión silenciosa de quien siente que tiene que demostrar el doble para que le reconozcan la mitad. No lo dice en voz alta. No le hace falta. Se nota en cómo controla y planifica hasta el último detalle, y sobre todo en cómo le cuesta soltar y bajar la guardia.

Lola llegó después de un divorcio. De esos que no se rompen de golpe, sino que se desgastan poco a poco, hasta dejarte viviendo dentro de una vida que ya no reconoces como tuya. Cuando apareció en mi cabeza, lo hizo desde ese lugar extraño en el que una mujer ya no sabe muy bien quién es fuera de lo que fue durante años. Necesitaba reencontrarse consigo misma antes de poder encontrarse con nadie más. Y Roma, junto a un chef con las ideas demasiado claras y la paciencia justa, se encargó del resto.

María vive de lo que ama, que ya es más de lo que puede decir mucha gente. Ha construido una vida a su medida, independiente, estable y aparentemente tranquila, pero el amor romántico siempre se le ha terminado escapando justo cuando empezaba a acercarse demasiado. No por falta de ganas, sino por exceso de cabeza. María piensa, analiza, mide; convierte cualquier emoción en algo

que debe entender antes de sentirlo. Y entonces apareció un taxista italiano que no le dio tiempo a hacer nada de eso.

Y luego están Óscar y Elena, que son mi forma de decir que el amor de verdad existe, y que cuando dos personas se eligen de verdad, se nota incluso desde fuera. Son divertidos, imperfectos, ruidosos a veces; se pelean, se desesperan y se adoran con la misma intensidad. Y en medio de una novela que habla del amor que empieza, ellos son el recordatorio de lo que puede llegar a convertirse cuando el tiempo pasa, las raíces crecen y, aun así, sigue escogiendo quedarse.

Escribí esta historia porque creo que, a veces, necesitamos que algo externo —un sorteo, un vuelo, una ciudad— nos empuje fuera del lugar en el que llevamos demasiado tiempo quietas. No para huir de quienes somos, sino para regresar habiéndonos encontrado un poco más por el camino.

Pero, sobre todo, escribí esta historia para recordar que la amistad puede llegar a sostenernos tanto como el amor. Porque esta novela no habla solo de romances ni de ciudades bonitas ni de casualidades improbables. Habla de amigas. De esas personas que se convierten en hogar incluso cuando están lejos.

Sé que no necesito que me escriban cada día ni que estén físicamente a mi lado todo el tiempo. A veces basta con saber que, si todo se rompe, puedo llamarlas y acudirán. Y hay pocas formas de amor más profundas que esa.

Espero que Roma os haga el mismo efecto que a ellas.

Con todo mi cariño,



Gracias por llegar hasta aquí. Gracias por leerme. Gracias por creer en mí y hacerme cumplir este sueño.



¡¡Nos vemos pronto con historias para soñar!!

Biografía



Carmen R.Dona nació el 23 de octubre de 1971 en Cádiz, aunque desde hace años reside en Jerez junto a su familia. Tiene dos hijos maravillosos que le han regalado los mejores momentos de su vida.

Estudió Ingeniería Informática, profesión que le llamó a gritos desde que era pequeña y en la que ha trabajado en distintos sectores hasta la actualidad.

Su pasión por la lectura erótica viene de lejos, desde que con su primer ordenador escribió su primer relato de ese género, y de aquel texto nacieron muchos más. Le encanta compartir su opinión en Facebook sobre las lecturas que devora a diario, compaginando esa faceta con la escritura y la crianza de sus hijos.

Se define como una mujer inquieta, curiosa y perfeccionista que no deja de innovar. Los retos la impulsan y los buenos amigos la nutren.

Un 3 de septiembre de 2016, con un mojito en la mano y la vista puesta en las playas de Chipiona, decidió dar forma a una historia que llevaba tiempo dando vueltas en su cabeza, basada en hechos reales. Sacó el móvil y escribió el prólogo. Al día siguiente se sentó frente al ordenador y la historia fluyó entre sus dedos con una naturalidad que la sorprendió. Desde ese momento, supo que no podría parar.

Actualmente es autora de la serie de seis libros titulada *¿Amor o... sexo?*, una saga que no deja indiferente a quien la lee. Cada entrega aborda una temática diferente, y merece la pena darle una oportunidad.

También se ha aventurado en la narrativa corta con *Manual de supervivencia para mujeres cuerdas en familias disfuncionales*, una historia navideña que destila humor e ironía. Su última novela, *Promesas en mi piel*, está cosechando una gran acogida en redes sociales: una historia que aborda el acoso escolar y la forma en que Wilma aprende a sobrevivir a él.

¡No te olvides de compartir tu opinión en cualquier plataforma! Es importante, ya que ayuda a que la conozcan.

Podéis ver toda la información sobre la autora en el siguiente enlace: <https://linktr.ee/carmen.r.dona.autor>



En su página de autor podrás saber más sobre sus historias y sus personajes.



En su Instagram podrás enterarte de las últimas novedades.



En Youtube podrás deleitarte con los booktrailers que han creado Eve Romu, Tiaré Pearl y ella misma. Pon el título en el buscador y disfruta.
